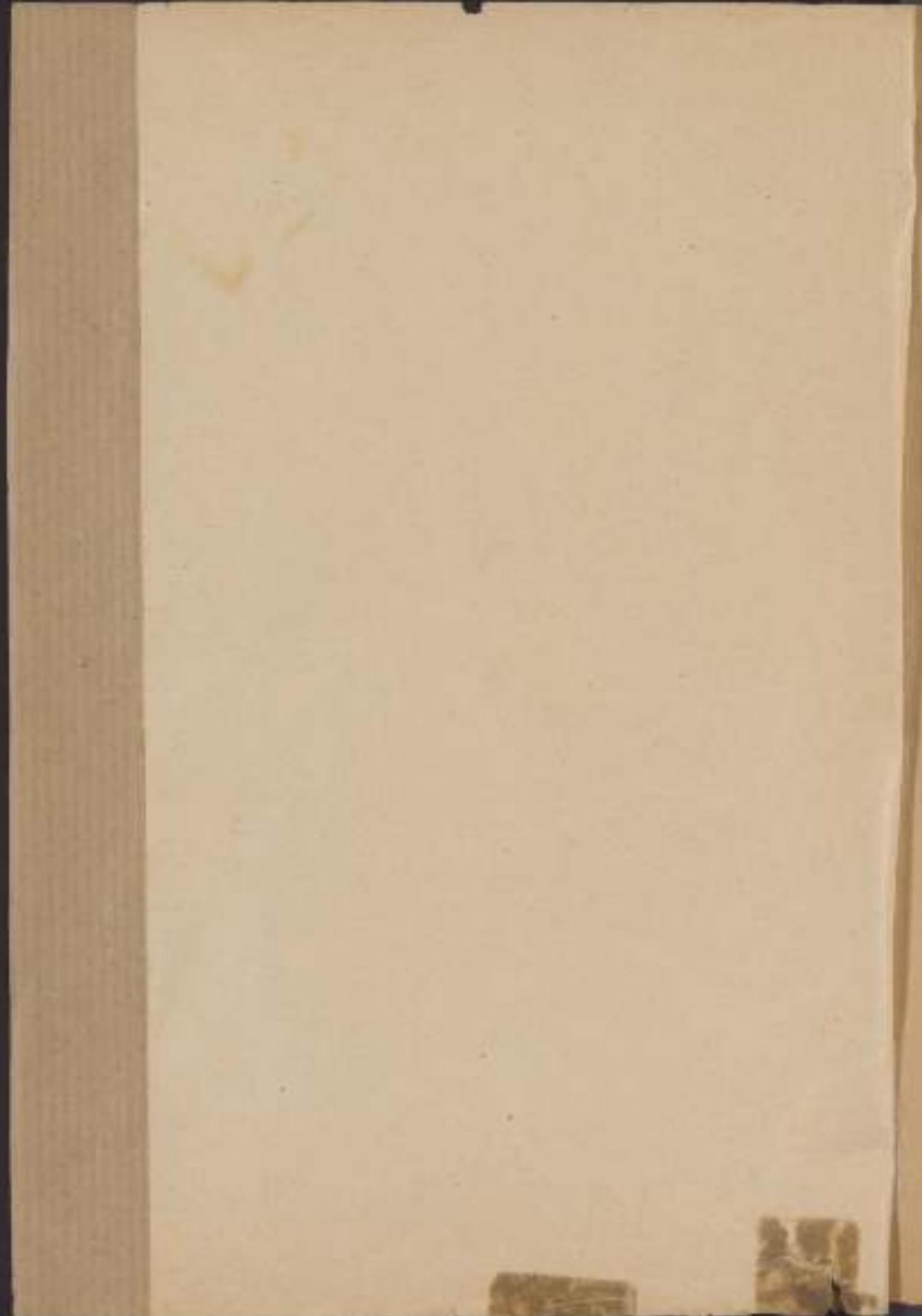




LAS TRES PASIONES

ALICE TERRY

EDICIONES BISTAGNE



LAS TRES PASIONES

REVISADO POR LA CENSURA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18501 - BARCELONA

Las tres pasiones

Adaptación cinematográfica de la novela de Cosmo HAMILTON
y dirección de
REX INGRAM

Producción UNITED ARTISTS



Distribuida por
LOS ARTISTAS ASOCIADOS
Rambla de Cataluña, 62
BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

INTÉRPRÈTES

ALICE TERRY
SHAYLE GARDNER
IVAN PETROVITCH
CLARE FAMES
G. FIELDING

etc.

LAS TRES PASIONES

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

A MANERA DE PRÓLOGO

Tres grandes pasiones agitan al mundo: la religión, el amor y el deseo de riquezas. Por el logro de esos ideales, los hombres esgrimen armas de combate; pero por ellas, también, sus labios pronuncian dulces palabras de paz, cálidas palabras de amor.

En cualquier parte de la tierra, en países de refinada civilización como en pueblos sumidos en la lobreguez de la barbarie, se desatan estas pasiones, antiguas como el primer ser humano. La historia no es más que una repetición eterna de estos sentimientos; sus páginas

nos dicen que las luchas religiosas han ensangrentado el mundo, que las batallas del amor han llevado a veces a los pueblos a las conflagraciones más horrendas, que el instinto de la ambición ha convertido la tierra en monumentales osarios.

Y así es y será siempre. Y no sólo en los pueblos, sino en el alma individual, en el propio hombre. Las vidas parecen agitadas con el temblor de esas poderosas pasiones, nobles y benéficas cuando no se salen de sus prudenciales límites, desoladoras y trágicas cuando

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

no reconocen otra ley que la de su capricho.

La existencia humana gira alrededor de ellas. Y a su calor surge el misticismo torturador o dulce, el amor sosegado o el terrible que se ayuda de la muerte, el ansia de riqueza que se convierte a veces en egoísmo o avaricia más desenfrenados.

Parece ser ese el destino de los humanos; cada uno un pozo de pasión en cuyas aguas se juntan con

frecuencia los tres sentimientos que comentamos.

Nuestra narración es como un poco de esa agua mezclada donde bullen todos los átomos, descubiertos por el microscopio observador de la vida.

Si en una gota de agua está concentrado todo el universo, como decía el filósofo, en unas cuantas almas puede estar reunida la humanidad...

* * *

Los astilleros de Wresham, en Londres... Una inmensa colmena que lanza al Támesis buques mercantes y buques de guerra... máquinas de prosperidad y de destrucción...

Eran las nueve de la mañana... La sinfonía del trabajo entonaba sus magistrales motivos... Cada gran sala era como una nota diferente del pentagrama de la labor... Sonar de yunques y martillos, chieriar de cadenas, canciones monocordes de motores, chispear del fuego en los grandes hornos. Hombres negros y casi desauados alimentando las fogatas; obreros con torsos de gladiadores construyendo los esqueletos de los buques... Sobre los doce pabellones de la fábrica, las altas chimeneas

lanzando al cielo el jadeante humo de su respiración.

Estos astilleros en plena actividad, eran regidos por un cerebro privilegiado: Juan Wresham, veinticinco años antes un simple obrero y a la sazón Par del reino británico con el título de vizconde de Bellmont, y amo y señor de aquel mundo fabril.

Se pasaba el día en su despacho o recorriendo las naves industriales dando órdenes para que nada fallara en la precisión matemática de su industria.

Tenía unos cincuenta años y su porte no se diferenciaba gran cosa de los obreros de su edad. No había podido abandonar sus hábitos rudos de trabajador, sus maneras bruscas, hasta ordinarias. Daba la

impresión de que su elegante ropa y su cuello planchado le molestaban, eran para él un atroz suplicio. Respiraba libremente cuando podía quejar en mangas de camisa, sin someterse a las torturas de su nueva vida aristocrática.

Su pasado había sido una lucha constante en pos de la fortuna hasta lograr vencerla, dominarla. Revestido de ambición, espíritu tenaz e inflexible, se propuso ser rico, millonario, y lo consiguió. Como el hierro al rojo vivo se doblaba, él había dominado en el yunque de su fortaleza el áspero acero de la adversidad. Y le dió la forma que sus manos caprichosas quisieron.

Tras su magnífico esfuerzo, conseguía el logro de sus aspiraciones. Lentamente los astilleros de Wresham se habían convertido en los primeros del país. Y millares de obreros laboraban noche y día para construir toda clase de buques.

Estaba contento de su obra. Y la nación había recompensado sus servicios dándole el título de Par, lo que llenó la ingenua vanidad de

Wresham, como suele suceder a la de todos los espíritus de humilde cuna que se ven elevados a las categorías aristocráticas.

Sus ocupaciones de hombre de negocios le habían dejado tiempo, empero, para casarse dos veces. De la primera mujer, una criatura humilde y bondadosa, había tenido un hijo: Felipe, ahora un buen mozo de más de veinte años, educándose en Oxford. De la otra, Lucía, mujer de humos de nobleza, no tenía sucesión.

Aquellas dos mujeres habían sido bien distintas, bien opuestas. Cada una pertenecía a su época. Gloria, la primera, fué siempre la compañera que no gusta de salir de la esfera de la mediocridad, de la dulce senda ignorada y obscura. Murió cuando los astilleros se ensanchaban en plétora de grandeza y el nombre de Wresham era pronunciado con el respeto que inspiran las grandes potencias industriales. Por el contrario, Lucía, nacida ya en otro ambiente, se encontró sencillamente bien entre el violento lujo de su existencia de millonaria.

Para Wresham no fue su última mujer lo que había sido la otra. Se encontró con un mueble de lujo, con un bibelot cargado de años y de ligerezas, un alma que sólo disfrutaba en el *carroussel* del placer. No queriendo disgustarla, dejó que se deslizara por aquel camino perfumado mientras él seguía recluido en sus astilleros, contemplando con un placer de creador las diferentes evoluciones que experimentaban los barcos en su construcción.

Su gran amor, su pasión extraordinaria y exclusiva, era su hijo Felipe, cuyo retrato con marco de oro no faltaba nunca en su mesa de trabajo. Era una fotografía que el original le había dedicado desde Oxford y ante la que se ensimismaba con orgullo. ¡Su hijo, la mejor obra de su existencia!

Aquella mañana, a la misma hora en que el viejo Wresham tenía de nuevo entre sus manos el retrato, Felipe, su heredero, se encontraba en el ocaso de una orgía, sintiéndose vencido por el sueño.

Habíase ausentado de Oxford con permiso para ir a visitar en

rápido viaje a su padre. Pero detúvose en Londres y pasó la noche en un lujoso casino aburriéndose en aquel ambiente de músicas y de luces.

De buena gana hubiera dejado velozmente atrás la capital de Inglaterra; pero la mujer que le acompañaba desde su salida de la Universidad se lo impidió.

Esta criatura era "firt" y se llamaba lady Victoria Burlington, hija única del duque de Dover, un alma buena y pura que por snobismo se había colocado sobre los hombros una capa de frivolidad.

Se escribían desde hacía algunos meses. Y el padre de Felipe se alegraba de aquellas relaciones, soñando para las sienes de su hijo una corona ducal.

Felipe era un muchacho serio, grave, a veces melancólico, como si se sintiera invadido por extrañas preocupaciones. Amaba con toda su alma a Victoria, pero hubiera querido que esa delicada flor de aristocracia fuera menos ligera y frágil.

Victoria le quería sin reservas,

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

con todo el fondo de su corazón bondadoso y puro, aunque este amor no le impedía ser esclava de los placeres, de la alegría superficial de los salones, de la vida mundanal, antojándosele perfectamente compatibles ambas cosas.

Habían pasado la noche en el casino entre bailes, risas, conversaciones y besos, deslizándose las horas sin darse cuenta; y la luz del sol entraba ya por las grandes ventanas iluminando el triste espectáculo de todas las diversiones en su crepúsculo.

Mucha gente, fatigada por las largas horas de bullicio, dormitaba tendida en los divanes. El pianista era esclavo de Morfeo sobre el blanco teclado de marfil. Los criados pasaban ágiles y sobre la punta de los pies para no turbar el sueño colectivo.

Estrechamente abrazados, Victoria y Felipe se contemplaban con dulzura, cambiándose furtivos besos.

—No tengo ganas de dormir, Felipe... ¿Por qué no vamos a pasar la mañana en el Tamesis?—le dijo ella, sonriente.

—Imposible, Victoria... Tengo que ir a ver a mi padre a la fábrica. Mañana vuelvo a Oxford.

—Me voy a aburrir terriblemente sin ti...

Y volvía a acariciarle, a sonreírle, a fascinarle con todos sus encantos de Circe.

Se hicieron servir champaña y unas pastas a manera de desayuno. Pero él rechazó hastiado esos manjares a los que no encontraba sabor.

—Estoy realmente fatigado—decía Felipe—. Hace cerca de veinticuatro horas que no descansamos... veinticuatro horas de "jazz", de "cocktails", de champaña...

—No me parece demasiado. La vida hay que tomarla así, Felipe.

—¿No habrá una vida más noble, más digna?

—¡Oh, mi pequeño filósofo! No pienses en eso, Felipe... Somos jóvenes. ¡Desgraciados de nosotros si dejáramos escapar la felicidad!

Y la suave duquesita volvió a acariciar a su amado, haciéndole olvidar con los besos de su boca

incomparable, boca virginal y pura, las prevenciones de su conciencia.

Aun permanecieron allí largo rato.

Una de las concurrentes a la fiesta se dirigió al lugar donde dormitaba el pianista y lo zarandeó.

—¡Despierta, hombre, despierta! Hay que reanimar esto o nos morimos todos de hastío.

El músico abrió los ojos asombrado y maquinalmente se puso a tocar un alocado charleston.

Y volvió a reinar la animación, a brillar la cinta eterna de la alegría, y las fatigadas gentes, sacudiéndose el sueño, giraron de nuevo entre los movimientos descoyuntadores de la danza americana.

Victoria quiso bailar también; sus pies saltaron nerviosos, ágiles, brilló en sus ojos aquel deseo... Pero Felipe negóse a complacerla, rendido de cansancio y de aburrimiento.

—¿Qué te pasa?—le preguntó ella—. Te veo cambiado, pareces otro hombre. Creo que te perjudica tu educación en Oxford. ¿Qué

cosas tan anticuadas os enseñan allá!

—Sería largo de contar, nenita.

—Entonces... ¿es que ya no me quieres? ¿Te aburro?

—Bien sabes que eres mi vida toda... Se trata de otra cosa... Quizá no puedas comprender... Es que la generosidad de mi padre me irrita... ¡Me da tanto dinero, tanto!... Y siento vergüenza de tomar su dinero sin darle nada en cambio.

—¿Tonterías! ¿No gastas el dinero pródigamente? ¿No es eso todo lo que él te pide? Vas cada día unas horas a la Universidad de Oxford y el resto del tiempo lo dedicas a divertirte. ¿Qué más quieres?

—Me parece que no cumplo mis deberes para con la sociedad.

Siguieron discutiendo. Ella insistía en ir a dar una vuelta por Londres. Felipe se negó.

—Lo mejor es que nos volvamos ahora cada uno a nuestra casa—dijo Felipe.

—No me opongo; pero sólo para tomar un baño y yo luego

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

iré a buscarte con mi coche para llevarte a la fábrica—repuso ella.

Felipe accedió. Descaba marchar cuanto antes del casino, cuya atmósfera viciada le enloquecía.

Salieron del brazo...

El aire puro de la mañana tuvo la virtud de volver al joven repentinamente a la vida.

Subieron a un coche y Felipe acompañó a Victoria hasta la puerta de su casa, dirigiéndose él a un club del que era socio y donde paraba accidentalmente cuando se encontraba en Londres. Tomó un baño y se dispuso a marchar a la fábrica, a los grandes astilleros que seguían palpitando con su ritmo incesante y monstruoso....

* * *

Una hora después Victoria había sonado su "claxon" ante el club de Felipe. No tardó éste en bajar, más tranquilo y fresco que antes, con los saludables efectos que produce la inmersión. También ella parecía otra. Estaba fresca, suave, agradable, sin la menor huella de los estragos de la noche sin dormir. El baño había obrado sobre su carne el mismo milagro de radiante juventud.

Felipe quiso guiar el automóvil y, atravesando a gran velocidad las calles londinenses, pronto embocó por la gran carretera que conducía a los astilleros.

Una hora de camino y pronto se perfilaron en el horizonte las chimeneas del grupo fabril como mástiles imponentes. Luego todo

fué adquiriendo relieve y vida, mostróse por entero la estructura externa de la gran fábrica, coronada por densa humareda gris.

El automóvil cruzaba velozmente las distancias. Las brisas otoñales iban sembrando de hojas amarillentas el camino. La luz del sol se debilitaba entre celajes de nubes.

Se abrieron las puertas de hierro de la fábrica para dejarles vía libre.

Algunos obreros se descubrieron al paso de aquellos señores. Reconocían a Felipe. Ella sería seguramente la novia, la fragante y alada compañera del afortunado... ¡Qué suerte la de algunos hombres!

Un rullido, un desdichado que

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

mostraba los muñones de sus piernas, les pidió limosna.

Repentinamente, se ensombreció la alegría que había demostrado Felipe durante el viaje.

A la vista de aquel hombre, su conciencia sintióse amargada, entristecida al comprender que en la vida no era todo placer y satisfacción, que a cada paso el dolor sembraba sus flores de desgracia.

Esta idea llevaba algún tiempo martirizándole. No tenía derecho a ser feliz, a derrochar locamente el dinero, mientras hubiese seres humanos que careciesen de todo lo necesario, viejos desvalidos e imposibilitados de ganarse la vida, mujeres errantes y abandonadas que encontraban cerradas al llamar todas las puertas de la virtud, niños huérfanos y solitarios sirviendo de abono a todas las asechanzas del mal.

Al contemplar al pobre hombre que le pedía limosna, su conciencia se rebeló. ¡Ah! Con lo que él había gastado la noche anterior en el casino, ese miserable caído en un rincón, hubiera podido vivir fe-

lices los últimos años de su existencia.

En aquel momento hubiese dado una fortuna al infeliz, y, como cosa más a mano, le tiró su reloj de pulsera, de gran valor, prosiguiendo el camino hasta la puerta de uno de los pabellones de la fábrica.

Los dos novios fueron recorriendo las grandes naves de los astilleros. Todo trabajaba, todo se agitaba con un orden matemático, preciso. Los obreros alimentaban los grandes hornos de donde extraían barras ardientes, de color de sangre, que parecían palpitar. Luego doblaban en el yunque esos bloques vencidos por el fuego.

Victoria admiraba con cierta emoción ese imponente espectáculo. ¡Aquello eran las fraguas de Vulcano! Los trabajadores parecían demonios, obstinados en martirizar a los que se achicharraban en las calderas.

Pero era una emoción ligera, superficial, bien distinta a la que sentía Felipe al contemplarles.

El alma de este muchacho se es-

tremecía al observar a los jadeantes trabajadores, desnudos de cintura para arriba, congestionados por el horrible calor, con los pulmones destrozados por las bocanadas del fuego, expuestos además a ser cogidos por una de las grandes máquinas cuyas poleas volteaban como ruedas vertiginosas. ¡Y todo esto para cobrar un misero jornal que no bastaba muchas veces al sostenimiento de la familia!

El trepidar de hierros era cada vez más violento, cantaba con mayor fuerza.

Los dos jóvenes, al encontrarse solos ante una poderosa máquina que parecía gemir como un monstruo fatigado, se miraron como si buscaran en la mutua luz de sus ojos un poco de ternura y alivio para mitigar las escenas de la realidad.

Felipe abrazó a su amada y murmuró a su oído con voz rota de dolor:

—¡Este ruido me vuelve loco! Es la lucha de la máquina con el hombre.

—Tienes razón, Felipe... ¡Es horrible permanecer aquí!

—Y pensar que hay gente que se pasa aquí el día haciendo mover esas máquinas, alimentando esos hornos. ¡Pobres... pobres!

De pronto sonaron varios gritos de desesperación, voces de angustia y de alarma... Se vieron cruzar hombres semidesnudos y tiznados hacia uno de los rincones del pabellón. Sollozó una sirena...

Se veía a lo lejos un grupo que iba engrosando por momentos y moviéndose en vaivén ante una máquina.

Presintieron una desgracia.

Cogidos del brazo se encaminaron con rapidez hacia aquella máquina que se había detenido bruscamente.

Preguntaron. En todos los semblantes había un gesto estúpido de amargura.

El capataz se encargó de explicarles el suceso. La máquina, como una fiera cansada de que la domasen, había cogido entre sus zarpas, entre sus engranajes, a su servidor, al hombre que la impelia a

que se moviese sin cansancio, lubricándola, suavizándola, para calmarla...

—¡Está muerto! ¡Deja mujer y una criatura!

Se acercaron más al grupo y vieron en el centro de él, en tierra, el cadáver del obrero.

Era un hombre todavía joven, robusto, un momento antes plétorico de vida y sin poder sospechar nunca que le estuviera acechando para triturarle la máquina que él cuidaba con tanto amor.

Tenia las manos destrozadas y en el pecho una terrible herida, producida por una de las ruedas de acero al romper el costillaje del desgraciado.

Se apartaron horrorizados, con lágrimas en el alma, mientras los obreros comentaban el imprevisto fin del camarada. Se miraban unos a otros con cierto temor, como si una misma pregunta asomara a los labios de todos sin atreverse a manifestarla... ¿Cuándo les sucedería a ellos una cosa igual? También la muerte tenía un empleo en la fábrica.

Mientras tanto, Wresham, el director de la fábrica, se hallaba en su oficina discutiendo con uno de los altos empleados sobre distintas peticiones presentadas por un comité de obreros.

Wresham, contestando a las mismas, proponía la solución que le parecía más lógica.

—En ninguna parte se haría a mis obreros la oferta que yo acabo de hacerles; y si no la aceptan, los echo a todos a la calle.

Entró otro empleado, comunicándole la desgracia ocurrida: en uno de los talleres.

Wresham se impresionó, lamentando el doloroso fin de aquel obrero anónimo.

Inmediatamente extendió un cheque, y, dándoselo al empleado, le dijo:

—Cuide usted de que paguen pronto el seguro de accidentes de trabajo a la familia del muerto, y entreguele a la viuda este cheque de quinientas libras de mi parte.

Y luego, tranquilizada su conciencia por aquella generosidad, alejó de allí a sus empleados y se

puso a comer tranquilamente su comida. La sirena de mediodía acababa de dar la orden de descanso.

Wresham almorzaba en su mismo despacho. Eran unos manjares sencillos que no se diferenciaban apenas de los de sus obreros. Se acordaba con alegría de sus épocas de trabajador.

Las mujeres o las hijas de los obreros acostumbraban traer la comida caliente para sus deudos.

Les esperaban a la puerta del taller, y, al enterarse del luctuoso suceso, reflejóse en sus semblantes la más negra pena, pensando en el dolor que se apoderaría de la pobre viuda cuando tuviese conocimiento de la tragedia.

No tardó la desdichada en aparecer dando la mano a su niño. Los obreros y sus familias les rodearon, contempládoles con ojos de piedad. En algunas pupilas femeninas había lágrimas.

—Señora O'Neil...

—¡Oh, señora O'Neil!

Adivinó la mujer algo terrible, fatal...

¡Su marido! ¿Dónde estaba su marido?

—¡Mi Joseph! ¡Marido mío!— gritó, pugnando por abrirse paso entre el valladar humano que se lo impedía.

Un alto empleado se acercó a la desdichada. Llevaba unos papeles en la mano: el seguro y el cheque dado por el director.

La viuda contempló horrorizada esos documentos. Tuvo ya el convencimiento pleno de su tragedia.

Con vigoroso esfuerzo abrióse paso entre las demás mujeres, que ya no podían ocultar sus lágrimas.

Avanzó por el pabellón. El alto empleado, junto a ella, murmuró emocionado:

—Una gran desgracia, señora O'Neil... Su marido ha sido cogido... por una máquina...

—¿Muerto, verdad, muerto?— gimió con un grito salvaje y estrechando contra sí a su hijo.

El jefe afirmó con la cabeza.

En aquel momento varios compañeros transportaban en una camilla el cuerpo de O'Neil.

Al ver adelantar a la viuda, pálida y trágica como una figura fúnebre, se detuvieron y dejaron cui-

dadosamente en el suelo la camilla.

La mujer se detuvo y cayó de hinojos ante la camilla. Reinaba un silencio desolador; las máquinas habían cesado también su trabajo durante el descanso del mediodía. Los obreros y sus familiares, sin preocuparse de comer, contemplaban aquella escena cruel. Mezclados entre la multitud que olla a sudor, estaban Victoria y Felipe, contemplando en silencio aquel encuentro trágico.

Destapó la mujer la ropa que cubría el cadáver y apareció el cuerpo destrozado de O'Neil.

—¡Muerto... muerto!—gimió, como si hasta entonces no hubiera comprendido la realidad.

Y se abrazó a él y le llenó de locos besos, de caricias sin fin, pretendiendo levantar de la camilla aquel ensangrentado cuerpo. El niño, horrorizado, temblaba como un azogado, tirando de las faldas de su madre y mirando con un gesto de dolor al padre muerto.

—Padre... madre...—repetía el infeliz, pidiendo amparo...

Y a pesar de sus tres años de

edad, ya parecía darse cuenta de su tremendo infortunio.

Lentamente consiguieron que la viuda se apartara de allí, teniendo que arrastrarla afuera materialmente las demás mujeres obreras, consolándola con sentidas frases de piedad. Reinaba entre todas un compañerismo exaltado, triste... Sabían que todas estaban expuestas a retorcerse un día de dolor como ahora lo hacía la señora O'Neil.

El alto empleado intentó consolar a la mujer. No quedarían abandonados ni ella ni su hijo. Además del seguro que debía percibir, el señor Wresham le entregaba quinientas libras... Pero la viuda no reparaba ahora en aquella generosidad, repitiendo solamente su monótono grito:

—Joseph... Joseph...

Los nervios de Victoria no podían ya dar más de sí. Se sentía sin fuerzas para permanecer más tiempo allí.

—Salgamos—rogó a Felipe—Aquí me ahogo.

—Sí, yo también me encuentro mal... Eso es horrible.

Se dirigieron a un patio donde pudieron respirar, amplia y libremente, bajo la caricia del sol otoñal que había vuelto a aparecer...

Y después de comentar la cruda escena ocurrida abajo en el taller, se dirigieron al despacho de Wresham.

—Su hijo está aquí, señor... con lady Victoria Burlington... Ahora suben al despacho.

—¡Perfectamente!

Wresham escondió rápidamente los restos de la comida que estaba saboreando, borrando de la mesa bruñida de su despacho toda huella de migajas, en particular de un manojo de cebollas-tiernas, que eran su debilidad.

Levantóse sonriente.

Iba sin americana y puesto su sombrero de media copa, que sólo se quitaba para dormir.

Cuando vió aparecer a su hijo, corrió hacia él y lo abrazó estrechamente con la admiración y el optimismo del hombre feliz. Luego corrió a saludar a lady Victoria, que había recobrado ya su se-

renidad aristocrática, de mujer que nunca descomponer ni deja apenas traslucir su emoción.

Felipe estaba nervioso, excitado... Contó a su padre lo que había pasado en el taller... Una gran desgracia... Un obrero muerto... y aquella viuda cuyo gemido trágico parecía aún escuchar...

Wresham hizo un gesto de compasión.

—Sí... ya me he enterado... Ha sido una torpeza lamentable de ese pobre obrero... Pero yo cuidaré de que a su familia no le falte nada.

—Debes hacerlo, padre... tienes obligación de hacerlo.

—Le he mandado un cheque de quinientas libras.

—No basta eso. Has de cuidar del niño, de su educación...

—De todo me ocuparé, hijo mío, de todo...

Hablaba distraído, contemplando a Victoria y admirando la hermosa figura de esta mujer que no podía desmentir su origen aristocrático, pues toda ella era un dechado de distinción.

Victoria fumaba un cigarrillo y paseaba la mirada de sus grandes ojos azules por la suntuosa estancia donde reposaban en vitrinas numerosos modelos de buques mercantes y de guerra.

Wresham se dió cuenta de que sobre la mesa había dejado olvidado su bote de café, y lo ocultó cuidadosamente, quitándose el sombrero y colocándolo encima.

Sonrió a Victoria; pero ésta no se había fijado en aquel detalle y paseaba lentamente por la habitación, en compañía de Roberts, el apoderado de los astilleros. Escuchaba con ojos curiosos las explicaciones que sobre los distintos modelos de los barcos le daba su acompañante.

—Esto es un submarino... des-

tinado a destruir los buques... los buques de otras naciones, naturalmente—dijo Roberts, riendo.

—Ya me hago cargo.

Y siguió con gran interés el relato que sobre las construcciones marítimas le hacía el apoderado de Wresham.

Entretanto, éste seguía hablando con su hijo. Dejaron a un lado la conversación sobre el obrero muerto. ¿Cómo le iba a Felipe por Oxford? ¿Se estudiaba mucho? ¿Se divertía mucho? Esto último era para aquel bondadoso padre lo principal. Y así lo decía, riendo, a su hijo.

Felipe contestaba sonriente a todas las preguntas. Se hacía de todo. Pero él añoraba la compañía de su padre y por eso, habiéndose concedido una licencia en la Universidad, aprovechaba la ocasión para visitarle.

—¡Magnífico, Felipe, magnífico!... Así me gusta... Y, ¡ca!, quiero pagarte tu bondad.

Sentóse ante la mesa y extendió un cheque por valor de cinco mil libras esterlinas.

—Toma—dijo poniéndolo en

sua manos—. Mañana vuelves a Oxford, ¿no es eso?... ¡Pues disfruta de la vida, muchacho... que todos sepan de quién eres hijo!

—¡Pero, papá, eso es demasiado!

—No... no... ¿Qué quieres que haga con mi dinero?... Anda, disfruta ahora... A fin de año te haré mi socio... La firma se llamará entonces "Wresham e hijo".

—Gracias, papá.

Victoria volvió al lado de padre e hijo y la conversación se prolongó todavía unos minutos hablando de cosas de Londres.

Pero para Wresham el tiempo era precioso. Le esperaban ya para consultarle diferentes asuntos que tenía que resolver aquella misma tarde. Y como Victoria y Felipe lo sabían, no quisieron dilatar por más tiempo su permanencia en la oficina.

Padre e hijo se abrazaron cordialmente... Wresham dió luego la mano a Victoria, sonriéndole con dulce afecto. Sabía que el amor unía a aquellos dos jóvenes y eso halagaba su vanidad.

—Cuide usted de mi hijo, Victoria—le dijo.

—Velo por él...—respondió ella riendo.

Los dos jóvenes se alejaron, felices al parecer, olvidando ya la tragedia ocurrida una hora antes en el taller.

El coche, guiado esta vez por las manos expertas y finas de Victoria, salió a toda velocidad de la fábrica.

Los obreros habían vuelto al trabajo... Las chimeneas humeaban como mástiles y banderas que despidieran a los novios...

El señor Wresham contempló desde su ventana cómo se alejaba el automóvil y lanzó un suspiro de engrandecimiento, de satisfacción.

—Lo que hace el dinero, ¿eh? Roberts?—dijo, sonriendo, a un apoderado—. Mi hijo es un señor... todo un señor... y va a casarse con la hija de un duque... ¿Qué te parece eso, Roberts?

—Me parece admirable, señor... me parece admirable... Su hijo se lo merece todo—contestó el apoderado, que siempre daba la razón al señor Wresham.

L A S T R E S P A S I O N E S

Y mientras Roberts salía del despacho, el antiguo obrero y ahora Par de Inglaterra y una de las figuras industriales más prominen-

tes del país, volvía a ponerse el sombrero y a saborear el café sin azúcar que daba a su cabeza claridades privilegiadas.

• • •

¡Noches de Londres!

Sobre el negro telón del cielo juegan al escondite los fuegos fatuos de los anuncios luminosos.

Victoria y Felipe cenaban en uno de los más lujosos cabarets donde se reunía todo el mundo elegante.

Antes de reintegrarse a la Universidad de Oxford, Felipe pasaba su última noche en compañía de su adorada Victoria, gastándose el dinero tan generosamente entregado por papá.

Pero se aburría. Ni siquiera la conversación gentil y reidora de su amada le apartaba de sus monótonas preocupaciones.

El cabaret estaba lleno. Bajo un torrente de luz se bailaba en la pista ovalada, de cristal. Sobre las

mesas, pantallas de color azul, rosa o naranjada tamizaban el ambiente, dándole una mayor intimidad.

Descendió al gran salón por la escalinata de mármol, cubierta de rica alfombra roja, una pareja.

Era ella lady Lucía Bellamont, la segunda esposa de Juan Wresham, frívola e inútil como un perroillo "griffon", y Marcelo Donald, el más constante de sus "adoradores".

Un coro de murmuraciones acogió su presencia.

—El marido gana el dinero fácilmente, pero ella lo gasta con más facilidad aún—exclamó uno de los comensales.

—Hace bien. El dinero se hizo para que corriese.

—Pero no en compañías ajenas.

Lady Lucía, paseando su mirada orgullosa por el salón, sentóse a una de las mesas en compañía de Marcelo y de varios amigos que ya se encontraban en el cabaret. Le gustaba a ella vivir rodeada de cierta corte de honor que exaltara su vanidad y dijera mentiras sobre su belleza. Lucía era mujer de algunos años, desprovista de toda hermosura.

Victoria contempló a la recién llegada y dijo a Felipe:

—¿No es aquella tu madrastra?

Volvióse lentamente el joven, que permanecía sumido en un extraño letargo, y, mirando a aquella mujer, contestó:

—En efecto, creo que es ella... pero la veo tan de tarde en tarde, que no estoy muy seguro.

—¡Gracioso!

—Es la pura verdad.

La música rompió a tocar un baile moderno, de alocadas notas. Algunas parejas volvieron a la pista de cristal y se deslizaron suavemente por ella en la rapidez del

baile. Las notas estridentes de la orquesta vibraban por todos los ámbitos del salón, pareciendo poner temblores en todas las cosas. Felipe se acordó en aquel momento de los gritos que el día anterior daba aquella pobre mujer de la fábrica, retorciéndose de desesperación ante el marido muerto.

¡Dios! ¿Tan mal repartido estaba el mundo? Los unos gozando, apurando la copa de la vida con honda voluptuosidad, y los otros sufriendo las dentelladas crueles de una existencia hostil. ¿Estaba bien hecho esto?

Sus ojos adquirieron tal fosquedad, tan intenso brillo, que Victoria le dijo sorprendiendo aquella tempestad interior:

—¿Qué te pasa?

—Te vas a reír de mí, pero sufro mucho, Victoria. No puedo resignarme a vivir en la molición, mientras otros hombres trabajan, luchan y mueren...

—¡Bah! ¿Por qué dices esas cosas? ¿Quién piensa ahora en ello?

Y su gesto fué indiferente y

frio, echándose a reír como ante una tontería de muchacho.

—No me comprendes, Victoria.

—Mira, Felipe; debes librarte de tales pensamientos... Vamos a bailar.

Maquinalmente, Felipe se levantó, siguiendo a su amada. Y los dos comenzaron a girar levemente.

Las gentes comentaban la melancolía del joven Wresham, el rico heredero sin alegría. ¿Qué le sucedía? ¿Habría tenido algún disgusto con la duquesita Victoria?

Una de las damas que asistían a la fiesta contemplaba con tanta curiosidad a Felipe, que distraídamente vació el contenido de su copa de champaña sobre el pantalón de un caballero sentado junto a ella. Este señor, que estaba acariciando un perro que tenía en el regazo, apartó furioso el animal lejos de sí, creyendo que era éste el causante de la humedad. Y la dama, presa de azoramiento, no le quiso sacar de su error.

Lady Lucía bailaba con Marcelo Donald y contemplaba sonriente a Felipe, al que acababa de reconocer.

¡Ah, su hijastro! Siempre áspero, siempre severo con ella... Ese muchacho parecía dominado por extraño misticismo. Pero ahora más que nunca demostraba un profundo abatimiento.

Acabado el baile, las parejas regresaron a la mesa con la gravedad del que practica un rito.

Lady Lucía, al pasar cerca de Felipe, le dijo con reticencia:

—¿No sería usted, por casualidad, mi hijastro?

—Me temo que sí, señora—respondió él en el mismo tono.

Y poco amigo de conversaciones con ella, volvió a su puesto, manifestando a Victoria su deseo de salir de allí.

Aquel ambiente le era insoponible, le causaba una fatiga extraordinaria.

—Vámonos pronto...

—¿Por qué tienes tanta prisa?... No es más que la una y media...

—No me encuentro bien aquí... Me falta el aire... Necesito dormir.

—Todo eso es muy raro...

—De todos modos, me voy.

No quiso contradecirle y los dos se levantaron, marchando en dirección a la puerta.

Mientras Felipe se dirigía al guardarropa, lady Lucía y sus amigos se acercaban a saludar a Victoria, procurando conocer las causas de su repentina marcha.

La duquesita sonreía bondadosamente... Nada... un poco de fatiga... Felipe llevaba dos noches sin conciliar el sueño.

Marcelo se dirigió al encuentro de Felipe, que se estaba colocando el abrigo, y después de "cepillar-le" acabó pidiéndole unos billetes. Se los devolvería pronto... Casualmente se había descuidado la cartera... y no llevaba más que unos chelines.

Felipe sonrió de modo desdenoso. Conocía a Marcelo, parásito que se arrastraba viviendo de las demás gentes. Le miró con una mezcla de lástima y de desprecio y le entregó unos billetes.

Luego Felipe volvió a reunirse con Victoria y los amigos que la rodeaban.

Lady Lucía se acercó a él y, contemplándole con gesto de admiración, le dijo, seducida por la arrogancia del buen mozo:

—No me había fijado mucho en ti hasta ahora, Felipe... ¿Sabes que estás "chic"... lo que se dice "chic"?

—¡Gracias! —repuso él fríamente.

—Y la verdad, eso parece un poco extraño cuando se piensa en tu padre—añadió la cínica.

—¡Señora!...

La midió de pies a cabeza, indignado por aquellas palabras maliciosas contra el autor de sus días. Pero queriendo evitar disgustos con aquella mujer, estúpida y ligera de cascos, se despidió de ella rápidamente y salió del salón del brazo de Victoria.

—Vamos a los Embajadores—suplicó Victoria.

—Puedes ir tú, si gustas... Yo me voy al club... No puedo más.

—No... no... Ya que tú no quieres acompañarme, me voy a casa.

—Siento que lo tomes como un desaire... pero, realmente... empiezo a perder las fuerzas.

Subieron al coche de Victoria. Felipe entregó unas monedas al criado que les abrió la portezuela.

¡Se sentía tan generoso que hubiera querido repartir a manos lle-

nas aquel dinero que no le daba la felicidad!

Y el coche partió como una exhalación en la noche llena de niebla...

Fe
fel
til
Ox
cal
de
la
tu
tes
fes
el
Su
cas
em
do
an
hu
ña

...

Habían pasado algunos días y Felipe se entregaba de nuevo con febril ardor a sus tareas estudiantiles en la famosa Universidad de Oxford, donde la Gran Bretaña cultiva los músculos de sus hijos... dejándoles la libertad de cultivar la inteligencia, si lo creen oportuno.

Pero Felipe era de los estudiantes que adoran realmente su profesión y cultivan como los clásicos el vigor físico y la belleza moral. Su amor a las disciplinas científicas, especialmente a la filosofía, era profundo. Se sentía contagiado por los grandes maestros que analizaron los vericuetos del alma humana y por aquellos otros soñadores que quisieron edificar una

sociedad mejor construída sobre las ruinas de la presente.

Una mañana, se hallaba Felipe en el jardín leyendo una carta que acababa de recibir de su padre.

Cerca, varios estudiantes sacaban del lago una hermosa canoa con la que se entrenaban para las próximas competiciones de las Universidades de Cambridge y Oxford.

La carta decía, entre otras cosas:

...y, al fin, aprovechando la crítica situación financiera del duque de Dover, el padre de Victoria, he comprado su palacio. Ahora tengo la residencia que conviene a mi alta posición en la industria y a mi título de Par del Reino...

Todo el palacio conservará el sello severo que le imprimió el duque, excepto el departamento de tu madrastra, que será el "rendez-vous" de las excéntricas ultramodernas.

Se abrirán las puertas al gran mundo el jueves, con una comida de gala. El jefe de la Cámara, el Canciller y el Almirante han aceptado mi invitación. Ya puedes imaginarte lo que esta comida significa para mí, y espero que por nada del mundo faltarás a ella.

Tu padre,

Juan.

Cerca de allí, dos estudiantes estaban observando a Felipe. Comentaban el cambio operado en la actitud de su camarada. De un tiempo a aquella parte, parecía estar pasando una verdadera crisis de misticismo. De su alma se había retirado la alegría que iluminaba antes con hendiditas resplandores la mirada del arrogante estudiante.

—¿Qué le pasará a nuestro amigo?

—Parece que tiene un nuevo ca-

pricho: la religión... El diablo, ahito de carne, se hizo fraile.

—La historia se repite.

Se acercaron a él y le invitaron a ir a jugar una partida de tenis.

—Gracias... Tengo trabajo...

No puedo aceptar.

—Te sentaría bien.

No lograron convencerle. Y mientras ellos se dirigían a la pista de tenis, Felipe seguía deambulando por el jardín, pensando en aquella ñesta que anunciaba su padre, en aquel desenfrenado lujo de su hogar, mientras había gente que se moría de hambre.

¿No era eso indigno? ¿No sería conveniente realizar una obra de apostolado y de religiosidad en defensa de los humildes? En su alma parecía levantarse el espíritu de los grandes apóstoles.

Luego de meditar largo rato por los umbríos rincones del jardín se dirigió a una de las aulas de la Universidad, donde se estaba dando una lección religiosa.

Quedó de pie junto a la puerta, escuchando el discurso que pronunciaba un sacerdote a los demás

alumnos distribuidos por los bancos.

Para los estudiantes de Oxford, el padre Aloys era, más que un sacerdote, un amigo, que a veces les hablaba al alma con sencillez, sin el menor asomo de retórica.

El pastor, al ver entrar a Felipe, discípulo aprovechado en cuyos ojos brillantes se adivinaba el pensador, se dirigió hacia él y le obligó a sentarse entre sus discípulos.

Resumió la plática con voz velada por la sinceridad y la emoción de sus propias doctrinas.

—No hay necesidad de ir a países lejanos para iluminar las almas oscuras con la palabra de Dios— les decía—. En el mismo Londres estamos faltos de hombres abnegados para esa tarea... ¿Saben ustedes cuáles son los destructores de la felicidad?... La Ambición, la Riqueza, el Poder... Hay que luchar contra ellos con la palabra divina... La voluntad firme de amar y servir al prójimo es un reflejo de Dios... Se necesitan apóstoles, verdaderos apóstoles.

Largo rato estuvo platicando

sobre aquellas doctrinas; derramando como el Redentor la palabra divina sobre campos blandos y fecundos que se asimilarían la semilla sagrada, o sobre piedra rocosa donde no podría fructificar...

Terminado el sermón, los estudiantes se alejaron bulliciosos, sin preocuparles demasiado el discurso del preceptor. Salieron bromeando, riendo, ávidos de libertad, diciéndose que ya habría tiempo para seguir aquellos consejos.

Uno solo de los estudiantes felicitó al padre, diciéndole con verdadera efusión:

—Ha hablado usted muy bien, padre Aloys. ¡Yo pienso como usted!

Felipe quedó solo en la estancia, observado en silencio por el pastor, y por su imaginación cruzó el recuerdo de las fiestas en los cabarets, la visión de Victoria y de Lucía... Todo le pareció desdeñable bajo la luz mística que le rodeaba... Hasta a su propia novia, la mujer que él había amado con toda su alma, la creyó revestida de un ropaje tenue de frivolidad y le pareció también menospreciable.

—Usted sufre, Felipe—le dijo el cura—. Usted ha visto el lado cruel de la vida. ¿no es verdad?

—Sí... sí...

—Y usted desearía hacer bien a los pobres, redimir almas, alejar del mal a los desgraciados... ¿Puedo contar con su colaboración?

—¡ Con toda mi alma, con todo mi corazón! Sí, deseo todo eso que usted dice. Renunciar a la vida hu-

mana, ser un sacerdote más; darlo todo y vivir solamente para los miserables.

—¡ Bendita ideal!

Se estrecharon con fuerza las manos. Y el padre Aloys llevó a su buen discípulo a su cuarto de estudio y allí comenzó a hablarle de la necesidad de renunciar a todo para consagrarse por entero al servicio de la humanidad.

CA
arlu
los

las
o a
de
arle
to-
a al



No habla pedido abandonar
sus hábitos rudos...



Hablas pasado la noche en el Castillo...



Y volvió a reinar la animación...



...le fió su reloj de pulsera...



Los dos novios fueron recorriendo las grandes avenidas...



— ¡Está muerto! ¡Deja mujer y una criatura!



Victoria y Felipe cenaban en uno de los más lujosos restaurantes...



— ¿Puedo contar con su colaboración?

* * *

Y llegó la noche de la recepción; el suceso que Juan Wresham, en su vanidad, convertía en acontecimiento nacional.

Wresham, vestido de frac, pasaba orgullosamente por las amplias y suntuosas estancias de su nuevo palacio. Rebosaba de alegría, de incomparable satisfacción... El banquete de aquella noche iba a ser la consagración definitiva de su personalidad.

El mismo preparó todos los detalles, procurando que todo estuviese en orden, sin faltar ninguno de esos detalles que revelan la verdadera aristocracia.

Observaba con alegría a los criados vestidos con calzón corto y librea bordada, admirándolos como si fueran un ejército que le

rindiera honor. ¡Y todo esto lo pagaba él!

¡Por fin era dueño de una de las mejores casas de Inglaterra, museo de arte y de riquezas! Los mismos reyes de Inglaterra habían pisado en otros años aquellas alfombras.

Había comprado aquel palacio al duque de Dover, que iba a ser su consuegro. Esto le hacía reír, pareciéndole que se trataba del triunfo más definitivo de la industria sobre los blasones de nobleza. La aristocracia del dinero había vencido en toda la línea a la sangre azul.

Wresham se dirigió al comedor, examinando cuidadosamente, una por una, las tarjetas de los invitados. Viendo que el puesto de

Victoria no correspondía al lado del de Felipe, se apresuró a enmendar ese error a fin de que los dos jóvenes, cuyo noviazgo oficial pensaba poder reclamar en breve, estuvieran juntos.

Al salir del comedor, encontró a Marcelo Donald, el muchacho estúpido que parecía el perrillo de Lady Lucia.

Wresham estaba cansado de ver por casa a aquel galán y le dijo con rudeza:

—¿A qué viene usted aquí?
¿Quién le ha invitado?

—¡Caramba! ¡Su señora esposa!

—En lo sucesivo, quien hace las invitaciones soy yo... ¿comprende? Cuando reciba la mía, podrá usted venir por esta casa...

—Señor Wresham; me ha faltado usted y exijo una reparación...

—¡Apártate, bobo!

Y zarandeándole como a un pelele, le dió tan formidable empujón, que el almibarado pollo cayó rodando escaleras abajo hasta el salón, donde cogió apresuradamente el sombrero y escapó...

¡Qué bromitas tenía el dueño de la casa!

Contento de haberse librado de aquel importuno, Wresham entró en el departamento de su esposa.

Lucía aparecía tranquila, vestida ultramodernista y fumando un cigarrillo.

Cerca tenía un fonógrafo y pasaba el ocio de aquel atardecer haciendo tocar un tango argentino.

Wresham que, demasiado tarde, había comprendido que aquella mujer era una cosa inútil y sin alma, y a la que sólo toleraba ahora como un mueble de lujo del que no se podía desprender, le dijo procurando reprimir su violencia:

—¿Por qué no estás vestida todavía? ¿No sabes que mis invitados van a llegar de un momento a otro?

—No te apresures, que hay tiempo suficiente—contestó, riendo—. ¡Uff! ¡Tanto presumir de palacio y de recepción!... ¡Cómo se conoce que nunca has sido nada!

—¡Lucía! Ya te estás vistiendo, porque sino...

De buena gana la hubiese abo-

fecado. A cada momento se encontraba más distanciado de esa mujer con la que, por un error del destino, se había unido en matrimonio.

—¡Tranquilízate!... Te haré el honor de presidir tu mesa... En algún sitio he de comer—dijo esta burlescamente, echando sobre su marido una bocanada de humo.

—¡Lucía!

—¡Ah! Se me olvidaba decirte... Estás cursi, hijo mío, estás curai. ¡Por Dios, quitate eso del cuello!... Las condecoraciones extranjeras son superfluas en una recepción mundana.

Y contenta de poderle dar una lección de etiqueta, abandonó el salón, dirigiéndose hacia su alcoba para vestirse.

Wresham quedó enfurecido, disgustado contra sí mismo por carecer del don de saber llevar las cosas en su momento oportuno. ¡Ah! El no había recibido indicaciones coquetas; su único libro era la industria.

Arrancóse ferozmente la medalla extranjera que pendía de su cuello y la arrojó sobre un diván.

Malhumorado, considerándose inferior en la sociedad a la que iba a abrir sus puertas, se dirigió a su despacho del palacio, magnífica estancia alfombrada, circundada de estanterías repletas de libros que ponían en ella una nota amable de gravedad, de distinción.

Permaneció allí unos minutos... Consultó el reloj... Felipe no podía tardar.

Contempló desde la ventana los automóviles que se detenían ante la puerta principal y de los que descendían damas elegantes y hermosas y caballeros de frac.

Esperaba que lady Lucía acabara de vestirse para ir con ella a rendir honores a sus invitados.

De pronto, llamaron suavemente a la puerta. Dió la voz de "Adelante", creyendo que se trataba de su esposa.

Se puso en pie, sorprendido, al ver entrar a lady Victoria, la grácil duquesita de Dover.

¡Hermosa criatura! Avanzó hacia él con una dulce sonrisa... Llevaba un cigarrillo en las manos aladas. Tenía la fragilidad de una porcelana y los rasgos de la

cara, armoniosos y finos, como una estatua griega.

—¡Victoria!—exclamó él, yendo a su encuentro con repentina alegría.

—No me lo agradezca—repuso ella con gravedad y apoyándose, de pie, en el respaldo de un sillón—. He venido por Felipe y no por usted.

—Siento haberla disgustado.

—¿Qué quería usted? ¿Que le estuviese agradecida? No he olvidado que este palacio fué el de mi padre, que en él nací yo... y que usted lo ha adquirido por poco dinero aprovechándose de nuestra crítica situación... No quería venir...

—Pero...

Estaba confuso, anonadado... ¡Victoria no tenía razón! Se había tratado de un importante negocio. ¿Es que iba él a dejarse perder aquella casa? Otros hubieran dado menos dinero... Vaya... vaya... exageraba la niña adoptando aquel gesto ofendido.

Victoria desvió el tema de la plática. La cosa estaba ya hecha y no tenía remedio. Si ella había

venido era únicamente por Felipe. Suponía que no iba a faltar.

—Yo le escribí a Oxford el otro día... y me parece extraño que aun no haya venido.

—Es raro... Son ya las nueve...

Permanecieron unos minutos en silencio... Ella fumaba lentamente su cigarrillo contemplando el reloj, cuyas manecillas iban avanzando.

La impaciencia consumía a los dos.

—Es raro... ¿No cree usted que Felipe haya podido tener un accidente en el camino?

—No sé qué decirle... No puedo comprender esa tardanza.

Apareció un criado, quien dijo, haciendo una profunda reverencia al señor Wresham:

—Es tarde ya, Excelencia, y los invitados se impacientan. Todos están aguardando.

Wresham contempló desde una de las ventanas el salón donde estaba reunida la mayoría de la aristocracia británica, y vio a lady Lucía, vestida elegantemente, haciendo los honores a los invitados. ¡Qué cuadro aquel! ¡Con qué or-

pe- gullo palpitaba el corazón del vie-
jo industrial al ver honrada su casa
de aquella manera! Pero una desa-
zun, una gran pena, le invadía el
alma. ¿Por qué su hijo no estaba
allí todavía?

Victoria mostró iguales temo-
res; pero acabó tranquilizándose
ante las reflexiones de Wresham.

No, no podía haberle sucedido
nada malo, nada de gravedad. Se-
guramente una avería en el auto-
móvil, que retrasaría su llegada al-
gunas horas. ¡Ah, la noche era
de perros! Llovía a cántaros, co-
mo si la tierra tuviese sed y bebie-
se sin cesar hasta ponerse hidró-
pica.

Entró en el gran salón en com-
pañía de Victoria y fué, vanidoso-
mente, estrechando manos que
guiaban los destinos de la nación,
y besando las femeninas, nervio-
sas y aristocráticas.

El comedor presentaba una vi-
sión regia. Mantel bordado, va-
rillas y cubiertos de oro, copas del
más puro cristal... Una música in-
visible tocaba danzas de ritmo
evocador de las cortes.

Pero el viejo Wresham no dis-

frutaba como hubiera querido de
aquella jornada triunfal. Entre él
y lady Victoria había una silla va-
cante: la de Felipe. Y a medida
que transcurrían las horas, le iba
causando más desazón esta ausen-
cia.

Había tenido que excusar ante
sus invitados el retraso de su hi-
jo. La causa era con toda seguri-
dad una avería de automóvil. No
tardaría en llegar. Y procuraba in-
fundirse ánimos, así como a Vic-
toria, que apenas probaba bocado,
dolorida por lo que creía una in-
gratitud de su amado.

A lady Lucía no parecía impor-
tarle demasiado aquella tardanza.

De pronto, el mayordomo acer-
cóse al señor Wresham y le entrego
un papelito azul:

—Un telegrama, Excelencia...

Wresham lo cogió temblando,
adivinando algo desagradable que
iba a apagar la relativa felicidad
de aquella noche de otoño.

Sin pedir permiso, lo abrió ner-
viosamente y sus ojos se dilataron
de emoción. Decía así:

Imposible asistir fiesta. Debe-

ces religiosos me retienen en Hermandad Parroquial de Oxford.

Felipe.

Se puso bruscamente en pie, arrugó el papel azul que tenía entre las manos, y sus ojos adquirieron la inmovilidad de los extraviados o los locos.

Antes de que sus invitados tuvieran tiempo de preguntarle nada, apartó el sillón y comenzó a andar como un sonámbulo hacia la puerta.

—Pero, señor Wresham...—gimió Victoria presintiendo una desgracia relacionada con Felipe.

El viejo no la oía... Desapareció del comedor ante la estupefacción general de los invitados y la consiguiente irritación de lady Lucía, que aseguraba que su marido quería ponerla en ridículo.

¿Dónde iba y qué pasaba?

Wresham, con el papel azul arrugado entre las manos, se dirigió al "hall" del palacio y de allí a la puerta de la calle.

Encontróse en plena avenida bajo una cerrada lluvia que le caló en un momento el frac.

Enloquecido por aquella extraña noticia de su hijo, sin poder concebir que estuviera encerrado en una parroquia, avanzó por la calle, sin preocuparse de la lluvia, sin haber buscado siquiera el abrigo y el sombrero para resguardarse.

Llamó a un taxi que acertó a pasar ante el palacio, y subiendo a él dió las señas de la parroquia de Oxford.

Vaciló un momento el chofer, temiendo habérselas con un loco; pero una nueva e imperativa voz de aquel hombre de frac le convenció; y puso el auto a toda marcha en dirección a aquella ciudad.

Casi tumbado en el asiento, Wresham contemplaba ante sí visiones amargas, horribles.

Su hijo... los deberes religiosos... la parroquia de Oxford... ¿Qué quería decir todo aquello? ¡Y por aquellas cosas que él no comprendía, Felipe dejaba de concurrir a la gran fiesta que se estaba celebrando en el palacio! ¡Ah! lo llevaría a ella aunque fuese arrastrándole!

¿Qué iba a decir, de lo contrario, Victoria, la duquesita de Dover?

—¡Aprisa... más aprisa!—ordenó Wresham al conductor.

Y el automóvil aceleró la mar-

cha patinando, como en una pista, por el asfaltado de la carretera bajo una espesa cortina de agua tan cerrada que la luz de los faros apenas podía vencer la obscuridad.

• • •

Por fin llegó a la parroquia de Oxford. Bajó precipitadamente del coche y entró en una sala de aspecto monástico, de paredes enjabelgadas de cal, de muebles negros y conventuales.

Le recibió un sacerdote, un pastor que estaba despachando unos documentos a una mujer anciana, de aspecto beato y severo.

—¿Qué desea?

—Soy Juan Wresham y quiero ver a mi hijo.

—Su hijo está ocupado en este momento, señor.

—No me importa... Necesito hablar con él.

—Pero...

—¡Pronto! ¡No puedo perder tiempo!

Resucitaba en él el hombre

acostumbrado a ser obedecido, a que nadie replicase ni discutiese sus órdenes. Su aspecto era casi brutal.

Asustado el pastor por aquella violenta actitud, le rogó, con voz más amable, que se sirviera aguardar unos instantes.

Salió y regresó al cabo de unos momentos diciendo que podía pasar a la habitación cercana.

Era una estancia aun más pobre que la anterior, pero Wresham no se fijó en este detalle.

Ante él había dos hombres vestidos con hábito, y uno de ellos era su hijo Felipe.

Le contempló asombrado mirando la gris sotana de su heredero.

Felipe tenía una sonrisa radian-

te, como si fuera feliz en su nueva condición. Junto a él estaba el padre Aloys, espíritu de apóstol que sabía hacer prosélitos para su causa.

Wresham no pudo contener su furor ante el hábito talar:

—¿Qué significa esta mascarada? ¡Quitate inmediatamente este disfraz y vente conmigo a casa!

El joven fué a decir algo, pero se interrumpió, inclinando la cabeza con una actitud melancólica.

—¡Contéstame!—le increpó el industrial.

—Papá, yo...

El padre Aloys se encargó de responder por Felipe.

—Su hijo es ahora novicio y se dispone a recibir las sagradas órdenes. El mismo ha elegido su profesión: el servicio de Dios.

Wresham vaciló sobre sus acciones y tuvo que realizar gran esfuerzo para no caer al suelo desvanecido.

¡Maldito pastor! ¡Cómo había trastornado la cabeza de Felipe! Pero no era posible aquello; no debía ser.

—Entonces... ¿para qué he trabajado yo... para qué sirven todos mis sacrificios?—gritó—. ¿Es que para ti no soy yo nadie... no es nadie tu padre? Contesta, dime que no es verdad que quieres hacerte pastor.

Se apoderaba de él una desesperación nerviosa. Sus ensueños paternales, los anhelos de dejar a su hijo los inmensos astilleros para que los dirigiera y siguieran llevando su nombre, se desvanecían al amargo contacto de la realidad.

Revoloteaban en su imaginación confusos pensamientos, entre los que se mezclaba la duquesita de Dover, lady Lucía, el palacio que había adquirido, sus fábricas, la renuncia de su hijo a las ventajas de la vida seglar. ¡Qué gran locura!

—Dime que no es verdad—repitió mirando a su hijo, que tenía palideces de cadáver—, que estás soñando y que tú te vas a venir inmediatamente conmigo al palacio de Dover.

—¡Perdóname, papá!—respondió al fin Felipe con una voz sua-

ve pero de inflexible entonación—. Yo no podía seguir viviendo la vida que tú querías para mí... Tu mundo, con su dinero, sus máquinas, sus títulos, me era odioso...

—¡Calla, loco!

—Renunció al mundo. No quiero vivir en él... ¡Oh, las mujeres! ¡Qué locas, qué frívolas... gastando en bagatelas fortunas que podrían salvar de la miseria a familias enteras!

—¿Y Victoria?... ¿Tienes ese mismo concepto de Victoria?

El nombre de la amada impresionó al futuro sacerdote. En su alma quedaba la huella de ese amor que él procuraba apagar con las cenizas místicas de la piedad.

—He renunciado a ella—exclamó reaccionando de su debilidad sentimental—. Victoria es también una muchacha frívola aunque no tan exagerada. De todos modos, nada quiero saber de su vida.

—Perfectamente. Quedas como un caballero, créeme...

—Es inútil que insistas, papa. Mi decisión es irrevocable.

—¡Ah, imbécil, imbécil! Eres indigno de llevar mi apellido. ¡Ese cantor de salmos te ha embaucado, idiota—dijo señalando al padre Aloys—, te ha puesto una venda sobre los ojos! Quédate con tus rezos, mal hijo. En lo sucesivo me acostumbraré a la idea de vivir sin ti.

Y su grande y carnosa mano abofeteó las mejillas de su hijo, en un impulso de loca desesperación.

—¡Padre!

—¡Idiota... idiota!... ¡Embaucadores... miserables!... ¡Puah!

Y salió gesticulando como un demente, agitando los brazos sobre su cabeza, lanzando sobre su hijo una última mirada dramática.

Felipe, dolorido por la agresión de su padre y por sus palabras de condenación, se echó a llorar en brazos del pastor, mientras éste le prodigaba dulces palabras de consuelo.

* * *

En el palacio de Wresham los comentarios tejían una guirnalda de murmuraciones.

Pasaba el tiempo y el famoso industrial no regresaba de su misteriosa salida.

Terminada la cena, algunos invitados optaron por marcharse, mientras otros siguieron esperando la vuelta del dueño del palacio.

Victoria, affigida, llorosa, se había encerrado en la hermosa biblioteca de Wresham y contemplaba con profunda agitación una fotografía de Felipe.

—¡Dios mío!... ¡Que nada malo le haya sucedido!—murmuraba.

Porque no le cabía duda de que estaban ocurriendo cosas espantosas. La inesperada marcha de Wresham la relacionaba con la tardanza de Felipe. ¿Habría ocurri-

do alguna desgracia? Pensó inmediatamente en un accidente de automóvil, en una vuelta de campana y en Felipe aplastado y muerto entre escombros humeantes...

Sus labios temblaron de miedo y musitó una oración para que aquellos presentimientos no se confirmaran.

Lady Lucía seguía atendiendo a los invitados, procurando hacerles agradable con su vana conversación aquella original velada.

De pronto, Juan Wresham entró en el gran "hall" del palacio.

Su mujer y sus amigadas le abrieron paso, dispuestos a preguntarle la causa de su ausencia, pero se contuvieron ante la mirada siniestra y horrorizada del millonario.

Entró arrastrando los pies, con

el cuerpo encorvado bajo el saco invisible de la adversidad, empapado de agua, el cabello lacio y despeinado, la tez y los labios, pálidos y amarillentos. Estaba descajado como si acabara de recibir una noticia fatal.

No miró a nadie; pareció no ver a ninguna de las personas que se apartaban para dejarle avanzar.

Subiendo pesadamente por la amplia escalera de mármol, se dirigió a sus habitaciones superiores, sin tener para aquellas gentes, a las cuales había deseado tanto agradar, ni siquiera una leve muestra de cortesía.

En realidad, no las había visto. Una idea le dominaba: su hijo Felipe, al que acababa de perder de manera estúpida, del modo más cruel e inesperado que podía figurarse. No era la muerte la que se lo quitaba, sino un pastor anglicano empeñado en retenerlo para el servicio de la vida religiosa. ¡Ah, tristeza!

Entró en la biblioteca y dejóse caer en uno de los divanes, abandonando el cuerpo al reposo. No

podía más. A su dolor moral se unía el abatimiento físico.

Bebió una copa de licor y el calor benéfico de este líquido retornó sus entrañas heladas.

Entonces se dió cuenta de que junto a él, contemplándole angustiada, estaba Victoria, la duquesita de Dover.

—¿Y qué?—preguntó ella.

—¡Todo perdido!—contestó retorciendo las manos.

—¡Perdido!... Entonces...— agregó ansiando comprender— Felipe ha muerto, ¿verdad?

—Peor aún. ¡Va a hacerse cura!

Y dejó caer la cabeza sobre uno de los costados del diván, como si no hubiera en el mundo peor desgracia que la de vestir el hábito sacerdotal, que la de renunciar a la vida mundana.

Victoria lanzó un suspiro de alivio.

—¡Menudo susto me había dado usted!—dijo—. Creí que estaba muerto...

—¿Y no lo está para nosotros? ¿Le parece poca esa determinación?

—Me parece cruel, pero no irremparable—contestó con la serenidad de la mujer que sabe aquilatar las cosas.

—¡Ah! No hablaría usted así si le hubiese oído expresarse!... Renunció a todo, al mundo, a usted, a los placeres... Le hablé de usted, de los astilleros, de mi nombre. No me atendió. Allí hay un viejo cura que nos lo ha trastornado.

Tuvo Victoria que morderse los labios para mantenerse serena y no estallar en un llanto muy femenino, muy humano... ¡El hombre que ella quería, la abandonaba! ¡El rey a quien su corazón de mujer erigió un trono, abdicaba de su graciosa soberanía! Pero quiso ser un alma fuerte y no contribuir con su dolor al dolor de aquel padre que, avezado a que su voluntad fuera ley, no comprendía ahora aquella rebeldía.

Cerró los ojos y meditó unos instantes sobre la actitud de Felipe. Era imposible que ese muchacho que tantas veces había jurado quererla sobre todas las cosas de la tierra, la abandonase en un momento dado, bajo una repentina vo-

cación. ¡No! Más bien debía tratarse de un delirio místico, sin verdadera base, edificado con los fundamentos de una ilusión ideal.

—No creo en la vocación de Felipe—dijo.

—Si le hubiera usted oído...

—Acaso su misma vehemencia en defender su conducta, significó temor a que le convencieran de lo contrario... Es posible que Felipe, cansado de placeres, haya ido a buscar en el contraste una sensación nueva...

—No... no... Hablaba la fe por sus ojos, por sus labios...

—Bien, aunque fuese sincero, hay una pasión tan fuerte o más que el Dinero y la Religión: El Amor.

—¡Victoria!

—Felipe me ama... y si yo quiero, si yo me lo propongo, abandonará su falsa vocación para venir a mí.

—¡Inténtelo usted, Victoria!... ¡Háblele, convénzale!... Usted me ha animado, me ha infiltrado la esperanza. Lo que yo no he podido conseguir, acaso lo logre usted con su bondad y sus palabras.

Que Felipe cambie de idea y yo le aseguro, Victoria, que nada tendrá usted que desear en el mundo. Cuanto tengo, cuanto soy lo pondré a disposición de usted.

—Si le hago renunciar a su propósito, no desearé nada más.

—¡Victoria... es usted un ángel... una gran mujer!

Y acarició con ternura aquella fina mano y hubiera deseado besar aquel rostro angelical, con el cariño con que se besa a una hija.

Victoria abandonó el palacio, prometiendo cumplir sus promesas.

Felipe no sería pastor, ni mucho menos...

Procurando serenarse, el señor Wresham volvió a los salones de donde habían partido ya los últimos invitados.

Lucía le increpó duramente por su proceder y Wresham tuvo que

contarle el proceso de lo ocurrido.

La dama se indignó y le cubrió de improperios por su absurda ausencia. La había puesto en ridículo delante de la mejor sociedad londinense. Y aseguró con voz airada que nunca más asistiría a ninguna fiesta con él, corriendo luego a encerrarse en su cuarto, musculando improperios contra el torpe Wresham que desconocía las reglas de la etiqueta, el valor de las sonrisas oportunas, de los rostros impenetrables que saben disimular bien aunque interiormente la muerte roa sus entrañas.

Wresham no hizo esta vez mucho ni poco caso de la indignación de lady Lucía. Una idea más alta, más noble, más elevada que la de preocuparse de las genialidades de su mujer, le seducía, le arrebató... ¡Su hijo Felipe!



Victoria había ido a la iglesia de Oxford para convencer a Felipe de lo falso de su vocación.

No consiguió siquiera verle, porque el muchacho se negó a recibir a su antigua novia, temiendo que revivieran horas y escenas que debía olvidar para siempre.

Y Victoria tuvo que regresar derrotada, pero prometiéndose no abandonar la causa del amor y aprovechar todas las oportunidades hasta lograr que Felipe abandonara el sacerdocio.

Y algún tiempo después, en un barrio sombrío y trágico de Londres, una nueva Misión apostólica—la de Felipe—abrió sus puertas a los naufragos de la vida.

Felipe se consagraba por entero a sus semejantes, a los deshereda-

dos de la fortuna, a cuantos carecían de lo más indispensable para vivir. Durante algunos años sería, sin embargo, novicio...

A fin de hacer más fácil su labor de proselitismo y de captación social, Felipe había dejado de vestir el hábito sacerdotal para ir en traje de paisano a divulgar sus doctrinas, sin llamar demasiado la atención.

Eran cada día más numerosas las gentes que visitaban aquel albergue donde se les servía de comer, se les proporcionaban recreos honestos y al propio tiempo se daba a sus almas el alimento espiritual necesario. La mayoría de los concurrentes eran sólo entusiastas de la primera parte del programa; les faltaba apetito para el manjar

espiritual. Pero alguno que otro se dejaba convencer por la verdadera doctrina y Felipe experimentaba la dulce sensación de haber salvado un alma del pecado.

Había en aquellos grandes comedores lo peorito de la sociedad: el vicio y la miseria en amigable compañía. Lindas camareras se multiplicaban de un lado a otro para servir a los comensales. Eran muchachas finas y deliciosas, pero que se hacían respetar con la simple mirada de sus ojos puros y serenos.

Un sacerdote, ayudante de Felipe en su misión, leía páginas de historia sagrada durante las comidas. Reinaba entonces un relativo silencio y todo tenía cierto aire conventual.

Se congregaban a determinadas horas todas las mezclas y picardías de la vida humona y miserable. El mayor porcentaje era el del vicio; pero también la pobreza honrada iba a ampararse en aquel refugio de salvación.

Se sentaban a las mesas obreros sin trabajo, hombres de oficios incomprensibles y absurdos, gentu-

za de la calle que tenía que ver muchas veces con la policía, tipos de pasado siniestro y de presente cruel, bohemios viejos y fracasados que arrastraban todos los restos de su derrota. ¡Ni un rostro alegre en aquel mundo, ni una mirada de relativa benignidad y paz en aquellos ojos cansados!

¡Sólo miseria y dolor de vivir!

Aunque en menor número, había también mujeres. Comían con menos apetito que los hombres, como si sintieran aún más la honda tragedia de su existencia. Había mendigas, mujeres viejas completamente abandonadas, muchachas sin trabajo, que, mientras llegaba la hora de encontrar una ocupación, iban a comer en el albergue benéfico. De vez en cuando entraba también alguna mujerzuela pintada y vestida de modo chillón, llamativo: triste vendedora de amor. Para ninguna faltaba el plato a la mesa. Para todos, hombres y mujeres, la palabra de Evangelio repetía los dulces conceptos de la más hermosa de las doctrinas.

Vigilaban los directores que to-



El comedor presentaba una visión regia.



— No creo en la vocación de Petipe.



— Cuanto tengo, cuanto soy lo pondré a disposición de usted.



— Está usted desahogada...



Corrió Victoria a buscar a los contendientes.—



— ¡Si están enfermos, llama al médico!



— ¡Ánimo, señor Wresham!



...el momentáneo obrero ayuda a recobrar al industrial...

do estuviese en orden y nadie se marchara descontento.

Frecuentaban también la mansión redomados pícaros de esos que están pronto dispuestos a armar pendencia y jolgorio. Algunos gritaban o pateaban rudamente exigiendo les fuera entregada cuanto antes la comida. Otros procuraban hurtar al vecino distraído los manjares que tenía en el plato. A veces por unos chorizos o por un pedazo de carne se armaba una contienda y el pastor tenía que dejar el libro de los Evangelios y amenazar con procedimientos de violencia.

Se aplacaba de nuevo la tempestad y la comida seguía en santa paz mientras la lectura desgranaba la invisible lluvia de su beneficio.

Victoria, la antigua prometida de Felipe, no había renunciado a sus propósitos de lograr que el heredero de los Wresham volviera sus ojos al amor.

Para ello había conseguido de la encargada de la cocina de aquella Misión un puesto de camarera. Todas estas empleadas eran seño-

ras educadas y cultas que no se avergonzaban de realizar, por espíritu de caridad, el sacrificio de servir a los menesterosos.

Y una noche, Victoria comenzó su labor en aquella casa de bondad. Vestida modesta, sencillamente, fué una camarera más entre las que trabajaban para los pobres.

Disimulando la repugnancia que le inspiraba aquel ambiente, procuró cumplir lo mejor que pudo su obligación. Felipe no había llegado todavía aquella noche. Imaginaba ella la sorpresa que tendría al verla allí ayudándole en su hermosa obra de caridad.

Estaba un poco nerviosa ante la próxima entrevista. ¿Qué le diría él? ¿No la recriminaría por haber venido a turbar su sacerdocio?

Afuera el agua caía a mares. Victoria recordó aquella noche de lluvia cuando la fiesta dada por los Wresham. ¡Ah! ¿Qué diferencia entre aquel lujo del palacio que había pertenecido al duque de Dover, y la escuela sencillez de ese comedor de caridad donde las gen-

tes eran propias para vigorosos trazos de aguasfuertes!

De pronto abrióse la puerta y entró primero una bocanada de aire frío, luego una mujer aterrida y empapada de agua, y por último, Felipe Wresham, el director de la Misión, que había encontrado a aquella desgraciada bajo el desencadenado diluvio.

Tembló Victoria de emoción al ver a Felipe; sus grandes ojos azules se humedecieron, la boca roja tuvo un breve temblor.

¡Eh!

Felipe acompañó a la mujer hasta una de las mesas.

Los hombres asustearon con sus miradas a la recién venida. Reconocieron rápidamente su oficio. Era una de tantas desdichadas, insectos de la noche, sirenas de fango que se arrastran para brindar un amor siempre venenoso.

Felipe la había encontrado tiritando en un portal, centinela del más vil de los cultos, y la obligó a seguirle a la Misión.

—Está usted desfallecida—dijo—. Que le sirvan un café con leche y entrará en reacción.

Dió una voz a la encargada del mostrador. ¡Pronto! ¡Una bebida caliente!

Victoria avanzó hacia ellos llevando el tazón de café con leche. Puso en la mesa el humeante líquido. Luego sus hermosos ojos de noche de luna contemplaron a Felipe.

—¿Tú? ¿Tú aquí?—le dijo él, lívido por la sorpresa.

—Quiero ayudarte, Felipe; no me niegues ese bien—exclamó con duizura.

Y sus manos le acariciaron y sus labios se acercaron a los del pastor para que les diera la caricia de un beso.

Vaciló él; parecieron en un instante hundirse sus propósitos de renunciación y sintió deseos de unir sus labios a los de ella.

¡Ay, aquella mujer!

Al verla otra vez se daba cuenta de que resucitaba su pasado, de que, a pesar de su espíritu de sacrificio, de la voz de la conciencia, seguía amando a aquella criatura que en otros días fué luz que alumbró el camino de su vida.

Deslumbrado por el fuego ar-

diente de la fe, había renunciado a todo el mundo, que realmente le asqueaba. Pero dentro de ese mundo iba también comprendida Victoria y en esto no quiso pensar demasiado, forjándose la idea de que todas las mujeres eran frívolas e inútiles. Y he ahí que ahora al hallarse ante la antigua amada, revivía la tentación.

—¡Felipe!—continuó ella con una voz dulcísima—. Admiro tu obra y deseo colaborar a ella.

—¡No, no es posible!

Y rechazando aquellos brazos que pretendían acariciarle, se alejó mientras Victoria le contemplaba con una mirada de amor y de satisfacción.

Había adivinado la emoción de Felipe. Y la emoción ante la mujer es amor...

Felipe interrogó con voz severa a la encargada del mostrador.

—¿Por qué está aquí esa nueva señorita? ¿Quién la ha traído?

—Es la duquesita de Dover... Una muchacha muy caritativa, deseosa de hacer el bien.

Felipe hubiera deseado confesar la verdad y decir a la encar-

gada: "No quiero que Victoria siga aquí... Es la tentación, el recuerdo de mi antigua vida, el perfume del mundanismo. Hay que echarla en seguida."

Pero, ¿cómo atreverse a confesar aquel amor?

Y apartóse tristemente, sin querer volver a hablar con Victoria, que pasaba como una bella hermana de la caridad entre los grupos de hambrientos o mendicantes.

¡Qué hermosa era!

Felipe, luego de meditar unos instantes, lanzó un fuerte suspiro. ¿Tan débil era su vocación que iba a vacilar, a disminuir por la presencia de aquella criatura en la Misión? ¡No... no!... Aunque él había oído decir que en ciertos casos la huida era el triunfo, esta vez permanecería en la Misión, sin preocuparse demasiado de Victoria, haciendo lo posible para olvidarla definitivamente, considerándola una camarera más entre las varias que colaboraban en el refugio. Y sonrió, contento de su determinación.

En una sala contigua había unos billares y los pobres entretenían

las horas nocturnas con dicho juego.

Otros, en el mismo comedor, después de haber tomado su colación, jugaban a los naipes.

Dos sujetos que estaban disputando una partida de cartas, comenzaron a recriminarse mutuamente y a insultarse.

Uno de ellos, hombre rudo, torpento y brutal, de afeitada cabeza y que tenía una oreja amputada, producida acaso por un mordisco de presidio, sacó un enorme puñal y lo puso sobre la mesa.

Corrió Victoria a separar a los contendientes y bastó su sola y dulce presencia para que cesara la pendencia.

—¡Parece mentira! ¿No saben ustedes que todos son hermanos? —le dijo a tiempo que se quedaba con el arma.

—Es que ese hombre me ha insultado—dijo el de la oreja amputada.

—Max está mintiendo. Fué él —contestó el otro.

—¡Calma, muchachos!... Y usted, Max, pida perdón a su com-

pañero por haberle amenazado con el puñal.

A regañadientes, el llamado Max se excusó y reanudóse la partida en plena y beatífica calma.

Victoria se dirigió de nuevo al mostrador y Max fué contemplándola lentamente, abarcando su figura, examinándola de pies a cabeza. Luego lanzó un suspiro brutal y con los ojos encandilados y salvajes exclamó:

—¡Vaya mujer!

Entretanto, Felipe, prescindiendo por entero de que Victoria se hallase allí, se había dirigido a otra mesa y enseñaba lentamente, cargado de paciencia, a escribir a un buen hombre.

Necesitaba distraerse con nuevos sacrificios y renunciaciones. Y sonreía viendo trazar los primeros y torpes palos a aquel hombre desconocedor del arte de la escritura.

El reloj dió las doce de la noche. Pronto se iba a desalojar el local.

La mujer que Felipe había llevado al refugio, se hacía ahora guiños con uno de los que habían comido allí.

Entre aquellos dos pingajos humanos se establecía la brutal corriente del instinto, sin ninguna fuerza espiritual que ennobleciese esa necesidad. De poco habían servido las doctrinas que allí se predicaban: muchos eran incorregibles, seguirían su camino de abismo hacia la muerte.

Poco después, Victoria salió del local. Acababa ya su labor por aquella noche. Miró al salir a Felipe, quien desvió los ojos para no ser herido por la bendita luz de unas maravillosas pupilas de mujer.

Victoria se estremeció dentro de su abrigo... Aquel hombre la seguía queriendo.

Ante el albergue la esperaba un automóvil con el señor Wresham en su interior.

Impaciente aguardaba el rico industrial el resultado de aquella primera prueba.

Ella subió al coche, rumbo a su

casa. Refirió a Wresham las impresiones recibidas.

—Las cosas marchan bien... Hubo un momento en que Felipe estuvo a punto de besarme. Cuando lo haga, habré ganado la partida.

—¡Bendita sea usted, Victoria! ¡Devuélvame a mi hijo!

—Tengo tanto o más interés que usted.

—Es verdad... Para usted, Felipe es la vida de mañana... el porvenir... Yo, en cambio... Pero así y todo, también es mío... y lo quiero para mi fábrica... para mis negocios... para que haga todavía más grande y famoso mi nombre. Y quiero nietos, ¡diablo!, sí... sí... deseo ser abuelo... tener niños que rían a mi alrededor.

Lloraba y reía al propio tiempo. Victoria, suavemente ruborizada, le prometió no abandonar la partida.

—Le amo, señor Wresham... Y el amor no conoce derrotas.



En los días que siguieron, la fortaleza de Hércules de Juan Wresham decayó.

Se sentía enfermo. No llegaba hasta él ninguna noticia de Victoria, pues la joven le había rogado que no fuera a buscarla para evitar comentarios; y por si todo esto fuera poco, los obreros de los astilleros le amenazaban con una huelga... Y en su soledad, Wresham no encontraba ni un rostro amigo hacia el que volverse.

Notaba de algún tiempo a aquella parte un cansancio en su corazón. Parecía que aquella viscera enérgica comenzara a fatigarse, reclamando un buen descanso tras una existencia vertiginosa.

Wresham sentía que la vida se deslizaba para él sin objeto, sin

ideal. ¿Para qué luchar, para quién luchar?

¡Ah! Habían pasado ya algunos días y la duquesita de Dover no volvía triunfante. ¿Es que estaba condenado a perder para siempre a su hijo?

Se encerraba en su biblioteca, solitario y abatido. Gustaba de contemplar retratos de antaño, los grupos en que él aparecía con su primera mujer, con su hijo, entonces un niño de corta edad.

Era en los días de combate, cuando comenzaba a ensancharse el círculo de sus actividades industriales.

Era más dichoso entonces, mucho más... Ahora, la ambición había colmado sus afanes... Riquezas, rango social, consideración

en todo el país... y sin embargo, su hijo ya no le pertenecía, su hijo se había entregado a un ideal sublime que le hacía abandonar los intereses familiares para dedicarse solamente a la causa de los pobres.

Una noche se sintió más triste que nunca... Y su vida siempre sería así: melancólica y solitaria. Y nunca unos nietecillos alegrarían con su risueña visión aquel palacio de nobles...

Un pensamiento cruzó por su imaginación... ¿Quién había dicho que estaba solo? ¿Y su mujer?

Se crisparon sus labios con amargura...

—¿Su mujer? ¡Bah! ¿Qué compañía podía darle aquella criatura insubstancial, inútil, estúpida, que jamás se había preocupado de nada serio? Fué un espantoso error aquel matrimonio, una equivocación lamentable. No tenía una compañera, sino un mueble o un adorno más.

Llegaba hasta la biblioteca un rumor de risas, de canciones, de

voces alegres. Su mujer tendría seguramente visitas.

¡Ah! ¡Esa muñeca absurda! Y él no tenía carácter para impedir sus locos caprichos!

De pronto abrióse la puerta y apareció lady Lucía, vestida con traje de veneciana.

—Me voy con mis amigos—dijo Lucía con una voz fría y dura—. Se celebra un gran baile de máscaras en un teatro y no puedo faltar.

Wresham movió la cabeza con melancolía. Luego miró un retrato en que aparecían Lucía y él.

—¿Verdad que éramos más felices hace años, cuando se hizo esta fotografía?—exclamó.

—¿Qué estupidez!—dijo ella mirando la preciada cartulina.

—Lucía... me siento muy solo... —suplicó—. Quédate esta noche en casa... No me encuentro bien... Esos disgustos de la fábrica... y además, mi hijo...

—¿Y mis invitados? ¿No sabes que me están esperando para ir con ellos al teatro? ¿O es que olvidas los deberes de la sociedad?

—¡Por Dios, Lucía, sé buena alguna vez!...—continuó diciendo—. ¡Quédate!... Soy ya viejo... y necesito que me cuiden... que me quieran.

—¿Pasarme la noche a tu lado? —exclamó con violencia y tirando al suelo el retrato evocador—. ¡Nunca! ¿Lo oyes? ¡Nunca!... Si estás enfermo, llama al médico!

—Lucía... ¿qué dices?

—Sí... quédate con tus manías, viejo inútil... y deja que los demás se diviertan. ¡Maniático!

—¡Infame!—rugió Wresham yendo hacia ella y rodeándole el cuello con sus manazas—. ¡Te odio... te desprecio!... ¡Nunca he sido para ti más que la máquina de hacer dinero!

—¡Ay!

Apretaba, apretaba furioso, con un deseo de asfixiarla, de que aquella boca maldita no pudiera hablar más.

Pero en aquel instante abrióse la puerta y aparecieron los flamantes invitados de lady Lucía.

Iban con trajes de época, pero uno de ellos llevaba un disfraz simbolizando la Muerte.

Wresham dió un paso atrás y dejó de estrechar la garganta de su esposa.

Tenia los ojos clavados en la máscara que vestía de esqueleto.

Lady Lucía se había desvanecido y todos aquellos caballeros, entre los cuales se encontraba Marcelo Donald, levantaron a la mujer y la llevaron lejos de allí, mascullando maldiciones e improperios contra el dueño de la casa.

¡Salvaje... bárbaro! ¡Maltratar así a una pobre señora que sólo quería divertirse!... Y entre los que le injuriaban con mayor ahínco figuraba Donald, que recordaba el brutal trato que recibiera unas semanas antes del poderoso fabricante, al sorprenderle éste en su casa... con su esposa.

Sin intentar decir una palabra, pálido de terror, Wresham dejóse caer en un sillón, viendo cómo desaparecían aquellas figuras disfrazadas entre las cuales iba la Muerte.

¡La Muerte!... El miedo a morir era, desde hacía algunos días,

uno de los terrores que atormentaban el alma del gigante...

Tuvo la trágica sensación de que aquella máscara era como un anuncio de que se acercaba su fin. Y se cubrió horrorizado el rostro

con las manos, maldiciendo su soledad, llorando lágrimas ardientes...

¡Y la gente, los de fuera, le creían feliz!

¡Oh, sarcasmo!

* * *

Una mano fina y enguantada puesta sobre uno de sus brazos le hizo levantar la cabeza.

Tuvo una súbita alegría.

¡Victoria estaba allí!

—¡Victoria!—exclamó—. ¡Estoy desesperado!... Me tiene usted sin noticias... y se trata de mi hijo, de lo que más quiero en el mundo. Por favor, hable... ¿Qué es de Felipe? ¿Ha logrado usted convencerle?

Hablaba atropelladamente, agitado por intenso temblor. Las huellas del sufrimiento se denotaban en su semblante. ¡Pobre hombre! ¡Parecía que hubiesen caído de repente sobre él veinte años!

La joven le escuchaba melancólica, contemplándole con sus hermosos ojos que las violetas de la

preocupación o del insomnio habían ensombrecido.

—No he venido estos días... porque...

—Hable... por Dios... ¿qué pasa?

—...porque la labor que Felipe se ha impuesto es para él más grande que el amor... Noche y día... los hospitales... las Misiones... las obras de caridad. ¡Ah! ¡No puede usted imaginarse el bien que hace a sus semejantes!

—¡Eso no me importa! Lo que quiero es saber si usted ha logrado convencerle.

—Todo lo contrario—respondió serenamente—. Su ejemplo ha acabado por convertirme a mí... y ahora he renunciado yo a reconquistarlo.

—¿Eso más?—replicó airado y poniéndose en pie.

—Mi conciencia me ha obligado a hablar a usted de ese modo... Era una locura arrancarle de tantas obras buenas... He sacrificado mi amor, a la caridad..

—¡Al diablo todos!—gritó el viejo Wresham, congestionado de ira— ¡Usted, Felipe, mi mujer! ¡Todos iguales! ¡Pero yo sabré pasarme sin ustedes! ¡Fuera, fuera de aquí! ¡Todos me traicionan! ¡Yo lucharé contra todos!...

—¡Por Dios, señor Wresham, cálmese usted!—le dijo, llorosa—. ¡Si yo sufro más que usted por ese sacrificio!... ¡Si hubiera querido ser la esposa de Felipe, puesto que le he amado con todo mi corazón! Pero, ¿cómo arrancarle de lo que parece ser una vocación firmísima? ¿Cómo hacerle abandonar las obras de misericordia, a las que dedica tantos entusiasmos? ¡No puedo, señor Wresham, no puedo! Con todo el dolor de mi

alma, he hecho callar ese amor primero de mi vida. Sufra usted en silencio como yo... Alcemos los ojos a Dios pidiendo resignación.

Las palabras de la joven tenían la dulzura de panales de miel. El señor Wresham volvió a dejarse caer en un sillón.

—No me puedo hacer a la idea de perder definitivamente a mi hijo—sollozó.

—¡Animo, señor Wresham!... Yo no soy más que una mujer y he renunciado a tenerlo. Imite usted mi ejemplo... Llore, pero sin que los demás comprendan esa pena... Yo creo que no merecemos a Felipe. Está destinado a cosas más grandes que a ser nuestro...

El viejo no parecía oírla. Se había cubierto el rostro con las manos y lloraba tímidamente, silenciosamente...

Enjugándose unas lágrimas, Victoria se alejó con suavidad, deslizándose sobre la punta de sus alados pies...

• • •

No mentía Victoria cuando aseguraba que había renunciado definitivamente a Felipe.

El ejemplo de aquel místico le había hecho soñar también en los goces de la vida puramente espiritual. Y en lo sucesivo, después de aquella primera noche en la Misión, no vió ya en Felipe otra cosa que el director de aquellas obras de beneficencia.

Apenas cambiaba palabra con él; sólo lo más indispensable y necesario.

Felipe había acallado a su vez los impulsos de su corazón renunciando, de modo que creía irrevocable, al amor.

Al principio descó que Victoria abandonase la Misión, pues su presencia le conturbaba; pero sca-

bó por acostumbrarse a ella y considerarla una de tantas ayudantas de su sección.

Procuraba no pensar demasiado en aquella figura de mujer; temía que El Malo le hiciera descubrir en Victoria nuevas y tentadoras bellezas. Y pasaba por su lado sin mirarla, procurando esquivar todo lo posible esos encuentros directos que traían a sus sentidos el perfume discreto de una mujer joven y bien cuidada.

Victoria se había ido convenciendo de la lealtad de aquellos sentimientos de Felipe y, en vez de procurar su conquista, hacía todo lo posible para evitar toparse con él, sin otro deseo que ser una colaboradora de su obra.

El amor hacia Felipe se trans-

formaba, perdiendo su violento poderío, para no ser más que un recuerdo melancólico.

¡Sí, nunca se casarían, nunca!... Felipe, con amplio espíritu generoso, entregaba su corazón a la humanidad. Ella haría otro tanto.

Aquella noche, después de haber visitado al señor Wresham comunicándole con sinceridad el verdadero estado de la cuestión, Victoria se dirigió a la Misión que ahora permanecía abierta durante toda la noche.

Cada semana tenía ella un turno diferente; ahora le tocaba de noche, que era el turno más pesado y molesto. Pero era preciso sufrir para agradar a Dios.

Victoria llegó al local. Había algunos concurrentes, los cuales, después de haber cenado, jugaban unas partidas de carambolas o de cartas.

Felipe no había llegado todavía; seguramente estaría por otros barrios obreros realizando obras de misericordia.

La encargada de la Misión durante el día se puso el abrigo y el sombrero y le dijo:

—Tendrá usted que hacer sola el servicio de esta noche, Victoria... Su otra compañera, Lidia, ha enviado recado de que tiene la gripe... No tiene usted miedo, ¿verdad?

—¡En absoluto!

—Pues, adiós... y buenas noches.

Desapareció la encargada diurna y Victoria quedó sola con tres o cuatro hombres que, ensimismados en sus juegos, no se preocuparon demasiado de ella.

Se encontraba entre los jugadores aquel Max de la oreja amputada, verdadera personificación del hombre de la edad prehistórica: aspecto brutal e innoble, sin otra ley que sus instintos.

Poco a poco fueron desfilando los clientes. Entre ellos estaba cierto tipo, asiduo concurrente de la casa, hombre de una frescura inagotable, el mismo que acostumbraba quedarse la comida de los demás después de haberse tragado la suya.

Este sujeto, de manos y procedimientos poco limpios, al marchar se apoderó de varios útiles

de cocina que estaban sobre una mesa y los puso debajo del sombrero. En cualquier prendería le darían algunos céntimos, sirviéndole el importe para comprar tabaco.

Salió con los ojos bajos, como si sintiera vergüenza de pagar con la ingratitud el bien que le hacían en aquella casa.

En pocos momentos, el comedor estuvo desierto. Quedó únicamente Max, el hombre de mirada feroz, que parecía encontrarse muy a gusto en el apacible silencio de la estancia.

De vez en cuando levantaba la rapada cabeza de presidiario para contemplar con ojos libidinosos a la dulce encargada de la Misión.

¡Demonio! ¡Qué criatura! Y por la torpe imaginación del bruto corrían escenas de voluptuosidad escalofriante.

Max dirigió luego sus ojos a todo el recinto. Estaban solos. Sonrió, soñando con la embriaguez deliciosa de hacer suya a aquella mujer.

Victoria hacía caso omiso de ese hombre, no sospechando que

pudiera ser objeto de un atropello por su parte.

Iba lentamente de un lado a otro, quitando el servicio, ya usado, de las mesas, procurando que todo tuviera limpieces de esmalte.

De pronto Max se levantó.

Avanzó unos pasos hacia Victoria y ésta, que había cogido una pala de hierro para avivar el fuego de la chimenea, le contempló con extrañeza.

—¿Qué quieres, Max?—le dijo con una mirada severa.

—Yo... nada... pero...

Abrióse la puerta y apareció otra vez el "fresco" de la Misión. Sin decir ni una sola palabra puso sobre una mesa su sombrero hongo y volvió a alejarse lentamente.

—¿Por qué has vuelto, Jack?—dijo Victoria.

—Perdón, señorita... no ha sido yo... ha sido la fuerza de la costumbre... Bien me arrepiento...

—No entiendo... ¿Qué quieres decir?

Jack desde la puerta continuó señalando el hongo:

—Ahí... en el sombrero... señorita... en el sombrero...

Y arrepentido de su conducta, pues había visto, fuera, a un policía, y, además sentido una extraña voz que le había obligado a devolver los objetos hurtados, salió más que de prisa temiendo el obligado sermón de la encargada.

Victoria levantó el sombrero y vió los útiles devueltos.

Se echó a reír y luego sintió una emoción profunda. ¡Pobre hombre! La semilla del bien no caía en tierra estéril. Aquel corazón inclinado al mal se arrepentía por su propio impulso de lo que casi formaba una segunda naturaleza en su cuerpo.

¡Ah! ¡Los ideales de Felipe comenzaban a realizar milagros! La doctrina del Evangelio fecundaba corazones eternamente condenados a la sombra.

Max, que había sido interrumpido por la inesperada presencia de su camarada, sonrió de modo siniestro al volverse a quedar solo con Victoria.

Y mientras ella recogía los objetos devueltos, el miserable se

acercó más y más a la mujer y de repente ésta sintió un áspero aliento de vino detrás de ella.

Volvióse rápidamente, asustada, y vió junto a ella las pupilas, amarillentas de lujuria, de Max.

—Max, ¿qué es esto?—exclamó—. ¿Qué quieres?

Max lanzó una brutal carcajada y repuso:

—Me gustas.

Y para demostrárselo la agarró entre sus brazos de gigante y su boca abyecta resbaló por el rostro y los labios de aquella virginal mujer.

—¡Quiero que seas mía!—rugía el bandido apretándola más y más contra su pecho.

Victoria no perdió la serenidad en aquel instante de grave peligro. Sobre una de las cercanas mesas había una plancha de hierro y, enarbolándola rápidamente, la descargó contra la cabeza de Max.

Al sentir resbalar la sangre por su frente, el salvaje lanzó un aullido de dolor y dejó libre a su presa.

Victoria, horrorizada, corrió a

ocultarse en una habitación contigua, cerrando con llave la puerta de esmerilado cristal.

Max no se dió por vencido. Avanzó hacia la puerta y comenzó a llamar con los nudillos mientras gritaba con un ronquido de bestia en celo:

—¡Vamos, abra usted!... ¡No tenga miedo!... Si todo era una broma.

—¡No... no! ¡Márchese... márchese de la casa!

—¡Abre! ¡Te lo mandó!...

—¡Nunca!

—¡Derribaré la puerta!

Sus manos robustas de bárbaro destrozaron el alambre de hierro que recubría el cristal y luego rompieron éste de un puñetazo formidable, abriendo el hueco suficiente para poder pasar.

Victoria, llorosa, se encomendaba mentalmente a Dios.

Max se disponía ya a saltar sobre ella, y su carne de virgen iba a sentir la tortura de la posesión por la fuerza.

Vió Victoria un aparato telefónico y lo cogió para llamar a la

policía y pedir un auxilio inmediato.

No pudo lograr su propósito. Max había saltado ya a la estancia y gemía con un quejido de enfermo.

Abrió otra vez los brazos para triturar entre ellos el cuerpo grácil de Victoria, pero ésta descargó el aparato telefónico contra la cabeza del miserable.

El nuevo dolor que sufrió el gigante no fué obstáculo para que dejara a su víctima: todo lo contrario.

Se enardeció más y más. La sangre causa un nuevo placer a los espíritus sádicos. Y de nuevo clavó sus labios en la boquita, blanca por el terror, de la duquesa.

Victoria se consideró definitivamente perdida y cerró los ojos. Sus labios y su corazón murmuraron al unisono una palabra: Dios.

Felipe Wresham, de regreso de sus trabajos caritativos, llegó en aquel instante a la Misión.

Sintió el rumor de la lucha, vió los cristales destrozados y un hombre aprisionando entre sus brazos

el cuerpo casi desvanecido de Victoria.

Antes de que tuviera tiempo de lanzarse contra Max éste había dejado a la mujer y, apoderándose de una pala, arrojábase sobre Felipe con deseos de arrancar la vida al importuno misionero.

Quería estar solo... siempre solo... y mataría a todos los que vieran a molestarle...

Felipe, agachándose, evitó la agresión. Lanzóse a los pies de Max y derribóle cuan largo era, comenzando entre los dos una pelea bárbara en que los mordiscos de la fiera alternaban con los puñetazos del noble joven.

Max era más fuerte, pero Felipe le ganaba en agilidad, en destreza. No en balde había estudiado gimnasia en la Universidad y conocía el secreto de las luchas cuerpo a cuerpo.

Los dos hombres fueron rodando, confundidos en una sola masa humana, hasta el rellano de una escalera.

Victoria, debilitada por la emoción, seguía, horrorizada, aquella

lucha. ¡Ay, si Felipe era vencido!

Pero el bruto Goliath perdía ventaja. La sangre de los anteriores golpes le cegaba, impidiéndole poder dirigir bien sus puños, al contrario de Felipe, que se sentía cada vez más fuerte, irritado por los celos, luchando con ansias de muerte contra el hombre que había querido hacer suya a Victoria.

Por fin consiguió levantar a Max, cuyo rostro era un brochazo sangriento, y lo lanzó por la barandilla de la escalera hacia el vacío.

Cayó pesadamente como un fardo, escuchándose el crujir de huesos.

Max aparecía extendido, en posición supina, con la cabeza destrozada sobre el pavimento que iba tiñéndose de largos hilos de sangre.

Felipe corrió al lado de Victoria, de aquella mujer a la que había renunciado y por la que ahora acababa de luchar con peligro de su propia existencia.

La estruchó contra su corazón,

percibió el penetrante perfume de aquella dulce criatura que se abrazaba a él, todavía temblorosa de miedo.

—¡No temas, Victoria, no temas!—gimió—. ¡Oh, Dios mío! ¡Te amo, Victoria... escúchame... te amo más que nunca... no puedo vivir sin tí... Ahora me doy cuenta... Victoria... Al defenderte, al combatir por tí, comprendo que soy tuyo, enteramente tuyo...

Ella en su suave debilidad intentó protestar.

—No te creo, Felipe. Te debes a la Misión, a tu obra...

—Antes sí, pero ahora, ahora he comprendido que necesitas quien te defienda, quien te ampare... ¡y éste seré yo!... ¡Mi vida es tuya!... ¡Ah! ¡Nunca he dejado de amarte! Me he engañado a mí mismo. No es verdadera vocación la que tengo, pues que tan débil me siento ahora a tu lado... La escena de esta noche me ha devuelto la luz de la verdad, de la razón... ¡Mía... sólo mía, Victoria!

Y sus labios se unieron proclamando el triunfo del Amor.

Salieron poco después para dar cuenta a la policía de lo ocurrido.

No tardaron varios agentes en ir a la Misión, recogiendo a Max, gravemente herido y llevándolo al hospital, de donde iría a parar a presidio acusado de un delito contra el honor.

Felipe acompañó a su casa a Victoria y le prometió ir a buscarla al día siguiente para visitar a su padre, el pobre señor Wresham, y darle la venturosa nueva.

¡El amor había vencido!

Viendo en peligro a Victoria, había resucitado el hondo cariño que él sentía por su antigua amada, y su espíritu de misticismo, de apostolado social, se desvanecía ante la realidad de aquella mujer suplicante y encantadora.

Si hubiese sido verdadera vocación, nada hubiera hecho vacilar a Felipe; habría cumplido la honda misión que la voz de Dios le exigía. Pero no era así: su renuncia al mundo no era más que producida por un cansancio de placeres, por el espectáculo de una humani-

dad vana y frívola que sólo se preocupaba de divertirse.

Al lado de Victoria formaría una vida nueva, un mundo más

comprensible, más amable y más religioso que el de su padre y las gentes que rodeaban a éste y sólo vivían para el egoísmo o el placer.

• • •

A la mañana siguiente se proclamó la huelga en los astilleros Wresham.

No habiendo sido atendidas en su integridad las peticiones de los obreros y no aceptando éstos las contraproposiciones del industrial, tras varias semanas de negociaciones, se rompían éstas y millares de obreros dejaban de trabajar.

Reinaba una agitación extraordinaria.

Ante la fábrica se aglomeraba una inmensa multitud de huelguistas que enarbolaban carteles con violentos apóstrofes, con vivas a la huelga y a las reivindicaciones del trabajador.

Algunos propagandistas, jefes del movimiento, excitaban a las masas a no entrar en los astille-

ros. Había que hacer comprender a Wresham los derechos del proletariado.

No cesarían mientras se les negara una sola de sus peticiones. Cierto que ellos perdían su jornal, pero también Wresham sufriría daños irreparables.

No podría cumplir los contratos, entregar los barcos en el tiempo convenido. Y las casas perjudicadas le exigirían indemnizaciones poderosas que le pondrían al borde de la ruina.

¡Obreros, a mantenerse firmes!

Cuando Wresham llegó en automóvil aquella mañana a la fábrica, se encontró con la huelga declarada y con millares de obreros que acogieron su paso con una ruidosa silba.

El viejo les contempló con indignación. ¡Ah, malditos! ¡Si pudiera arrastrarlos a la fuerza!

Tuvo la policía que evolucionar para salvar al industrial de una agresión.

Abrióse la verja de la fábrica para dejar paso al coche de Wresham. Los agentes policíacos realizaron grandes esfuerzos para impedir que la avalancha humana invadiera la fábrica con propósitos hostiles.

Un odio feroz encendía su fuego de consunción en el alma de Juan Wresham.

¡Maldita turba obrera!

Sólo faltaban ellos, los trabajadores, para acabar de destrozar su corazón, dolorido ya por las derrotas de su hogar, por la aterradora frialdad y desprecio de su esposa, por la pérdida definitiva de aquel hijo, anunciada por Victoria la noche anterior.

Entró en los talleres, fué recorriendo los enormes pabellones desiertos, donde la muerte parecía haber puesto su pie. Los hornos estaban apagados, las calderas sin vida, las máquinas para-

das, las poleas, que siempre giraban tan vertiginosamente, inmóviles.

Aquel golpe, aquella huelga, era cruel para el antiguo obrero Juan Wresham... ¡Ver sin vida, sin movimiento, aquella colmena que él había creado con su esfuerzo de titán!

—¡Pues esto no será... no!— rugió—. Yo haré andar mi fábrica... yo solo... sin ayuda de nadie.

Y enloquecido de desesperación, sacóse la americana, arremangóse y comenzó a llenar una pesada vagoneta con briquetas de carbón.

Se sentía fuerte, joven, y sonreía de modo siniestro, mezclando sus esfuerzos con constantes soliloquios.

—Ya verán esos obreros de lo que yo soy capaz... Yo haré mover toda la fábrica... Trabajaré... Me basto yo solo... yo solo...

Cargó uno de los hornos y en un santiamén se alimentó con poderoso fuego, provocando sinicas tras carcajadas del industrial.

Incansable, puso en movimiento varias máquinas, atendiéndolas a

todas con un esfuerzo sobrehumano y agotador.

Una parte de la fábrica ya vivía, ya volvía a resucitar... Pero era preciso dar vida a otro pabellón, a otro de los cincuenta pabellones que allí había; era menester que él solo supliera el trabajo de los huelguistas.

Durante más de una hora estuvo arrastrando vagonetas y poniendo las máquinas en movimiento y encendiendo los hornos y transportando carbón y haciendo accionar las máquinas.

Aquel hombre cuyo aspecto era terrible, sucio y jadeante, se creía en tales momentos un dios... Pero esa clase de dioses no existe más que en la mitología pagana. Aquel Vulcano de leyenda que parecía forjar el rayo como el dios olímpico, era de carne y huesos y pronto se abatió bajo el esfuerzo delirante.

¡Ah, no podía más, no podía!
¡Maldita naturaleza, malditos años que a medida que van cayendo encima van sofocando las energías todas!

Sus sienes latían desesperadamente, parecía que de sus ojos se apagaba la luz, sus piernas temblaban, un dolor sordo de su corazón le hacía respirar con dificultad.

Pronto le fué imposible sostener las palas y cayó en tierra pesadamente, intentando en vano levantarse, pareciéndole que todo él vacilaba y que pronto iba a morir.

¡Ah! ¡Y en aquellos instantes dióse cuenta de la necesidad de la colaboración humana en todos los órdenes de la vida; comprendió, demasiado tarde, que sin los obreros que ponían en movimiento y eran los brazos de aquellos astilleros formidables, todo iba a la ruina. La inteligencia precisaba de las fuerzas rudas y manuales para desarrollarse.

Quiso gritar, impetrar auxilio, pero su voz se truncó en sus labios.

¿Es que iba a morir?

Intentó incorporarse, morir al menos de pie, ante aquellas máquinas que trabajan por él; pero tampoco pudo moverse, como si

un peso implacable le atase al suelo.

Ya no tuvo esperanza. Su vida iba a acabar. Pero abrió los ojos y quiso morir contemplando un horno que él había encendido, unas

máquinas que parecían cantar acompañadas y rítmicas...

Si no había otro remedio, caería... Moriría allí en su propia fábrica, en lo que había sido su vida e iba a ser su muerte.

* * *

Uno de los obreros, abriéndose paso entre los grupos de huelguistas, gritó a sus camaradas:

—¡Yo no quiero hacer huelga... ni abandonar al viejo, que vale más que todos nosotros! ¡Yo vuelvo al trabajo, aunque nadie me siga!

—¡Fuera... fuera!—gritaron millares de voces.

—¡Traidor!

Pero el obrero entró en la fábrica, protegido por un cordón de policía, pudiendo así librarse de las iras de sus camaradas.

Avanzó por varios pabellones y en el centro de uno de ellos vió tendido al industrial.

—¡Señor Wresham... señor Wresham!—exclamó, emocionado.

Lo levantó afectuosamente y lo sentó en una vagoneta, alejándose breves momentos de su lado, para ir al botiquín en busca de un tónico.

A poco, el humanitario obrero hacía recobrar el conocimiento al industrial, quien abrió los ojos, en los que flotó una última luz de vida.

—¡Mi hijo!—musitó—. ¡Mi hijo!... Llámale... pronto...

—Ahora mismo, señor, ahora mismo—dijo el obrero saliendo velozmente y convencido de que el señor Wresham se estaba muriendo, pues sus pupilas estaban vidriosas y sus labios amoratados...

Julio, el trabajador fiel a su patrono, salió de la fábrica, encontrándose en la puerta con Felipe

que acababa de llegar acompañando de Victoria.

—Señor... señor...

—¿Qué ocurre?

—Corra... a escape... ¡Su padre se muere!

Felipe, con Victoria, siguió precipitadamente al obrero.

Momentos después llegaban ante la vagoneta donde el poderoso industrial agonizaba.

Felipe dióse cuenta rápidamente de la gravedad de su padre. El esfuerzo incomparable que acababa de realizar había abatido para siempre aquel fuerte organismo.

—¡Papá... papá!

Le abrazó de modo frenético, con loco amor...

El viejo tuvo aún fuerzas para accionar los brazos y estrechar entre ellos al hijo de su corazón.

Sus labios besaban las morenas mejillas de Felipe, la frente despejada y noble del joven.

Victoria, de pie, junto a ellos, lloraba. Tampoco el obrero podía ocultar su profunda emoción.

—¡Padre!...

—Los obreros... que vuelvan al

trabajo... que pongan las máquinas en marcha...—dijo Wresham agitándose tembloroso—. Quiero ver por última vez mi obra... la obra de mi vida. Pronto... que vengan... acepto sus condiciones... pronto... si no... ya no llegaré a tiempo de verles trabajar...

—Vendrán en seguida, padre mío.

Y Felipe salió precipitadamente. En el exterior bullía la indignación; los obreros, enardecidos por los discursos de un exaltado propagandista, parecían dispuestos a tomar determinaciones enérgicas.

Subió Felipe al tablado donde predicaba el improvisado tribuno y le obligó a callar.

—¡Escuchadme, obreros!

—¡Fuera... fuera!...

—Escuchadme, trabajadores; os traigo el triunfo y la paz...

Y como por ensalmo se hizo el silencio en la muchedumbre.

—Obreros... yo os doy mi palabra de honor de que tendréis el aumento que solicitáis... Pero ha de ser con la condición de que os

reintegréis ahora mismo al trabajo.

—¡Sí... sí!... ¡Hemos ganado la huelga!—exclamaron al unísono millares de voces—. ¡Viva! ¡Viva!

—¡Pronto! ¡Cada uno a su puesto! ¡A trabajar!

Y la masa azul irrumpió por todos los pabellones de la fábrica y momentos después las máquinas cantaban el himno triunfal del trabajo, y las chimeneas, como mástiles engalanados, se adornaban con rizadas humaredas.

Felipe volvió al lado de su padre y de Victoria.

Wresham, tendido en la vagoneta, contempló cómo los obreros volvían a coger las palas.

De nuevo el rumor de aquella colmena de trabajo se dejó sentir como un ritmo de fuerza y vida.

Y los obreros, a tiempo que alimentaban los hornos y hacían accionar las máquinas, contemplaban al poderoso dueño de los astilleros, rodeado de su hijo y con una expresión agonizante.

¿Es que el patrono se moría?

Unas lágrimas de bondad aparecieron en los ojos de aquel viejo fatigado a quien las emociones habían roto el corazón.

Estrechó la mano de Felipe y luego la de Victoria.

Con voz entrecortada, sollozó:

—Tu *misión* está aquí, Felipe... la de Victoria también... Yo me muero... Vosotros tenéis el deber de asegurar el bienestar de los que son vuestros colaboradores.

—Sí, padre mío, sí; este mismo era mi pensamiento al venir a la fábrica. Mi *misión* verdadera es ésta: hacer que la fábrica prosiga adelante y pueda mantener como hasta ahora a miles de obreros. También de este modo se sirve a Dios, ¿verdad?

—¡Hijo... Felipe mío... soy feliz... al verte!

Y, de pronto, el titán abatido se incorporó, lanzó un grito, señaló a los obreros como invitándoles a seguir la obra emprendida, y cayó de nuevo sobre la vagoneta, esta vez muerto.

—¡Padre... papá!...

Pero... nada... El alma del vie-

jo obrero ya no era de este mundo.

Felipe cerró los ojos de su adorado deudo, y Victoria, junto a él, musitaba una oración a Dios.

Y la fábrica cantaba, y su ritmo entonaba un epitafio vibrante sobre el cuerpo sin vida de su creador.



Una hora después se paralizaban de nuevo los trabajos. Pero ahora en señal de duelo. Había muerto el cerebro inteligente, el alma poderosa que casi de la nada había creado aquellos formidables astilleros.

Millares de obreros acudieron al entierro de Juan Wresham. El viejo recibió sepultura en el cementerio más cercano para que siempre llegaran hasta él los ruidos de la fábrica, canción de trabajo y de amor.

Felipe tomó la dirección de los astilleros, cumpliendo las condiciones prometidas al personal.

En lo sucesivo no hubo nuevos conflictos. Patrono y obreros se compenetraban en la obra común

que era el sostén de sus vidas. Y surgieron como antes los mejores barcos, buques de guerra gigantescos y barcos mercantes, verdaderos palacios que de un mundo a otro proclamarían la perfección de la casa constructora.

Medio año después, Felipe contrajo matrimonio con Victoria.

Rompió definitivamente sus relaciones con su madrastra que abandonó Londres... para irse a París en compañía de sus constantes admiradores.

Y los recién casados se instalaron en el palacio de Dover, en compañía del padre de Victoria, hombre obscuro a quien las desgracias financieras habían hecho tímido e insignificante, pero que ahora

volvería a resurgir como en sus mejores tiempos.

Felipe se encargó de sufragar los gastos de la Misión que había creado y que estaba ahora en manos de otros bienhechores de la humanidad. Aquella fundación llevaría el nombre de su padre y sería siempre un refugio de salvación para los desheredados de la fortuna, para aquellos que no tie-

nen dónde cobijarse, que carecen de lo más elemental.

Y siguió la vida su curso... y pronto la paternidad sonrió al nuevo matrimonio...

Y algún tiempo después, las risas infantiles llenaban las suntuosas estancias del palacio, aquellas risas en las que ¡ay! tantas veces había soñado el vicio Wresham y que nunca podría oír.

F I N

Gran éxito de las nuevas
colecciones de novelas
cinematográficas

La Novela Americana Cinematográfica

y

La Novela Frívola Cinematográfica

en las que se publican sugestivos
asuntos modernos y frívolos; res-
pectivamente, regalándose con *La
Novela Americana* una preciosa
fotografía tamaño postal, de los
mejores artistas, en busto; y en
La Novela Frívola, una fotografía
artística, frívola, de las más bellas
triunfadoras de la pantalla.

Precio: 30 cts.

COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las ediciones especiales de

La Novela Semanal Cinematográfica

NÚMEROS PUBLICADOS:

La Viuda Alegre, por Mae Murray, John Gilbert y Roy d'Arcy.—El Gran Desfile, por John Gilbert y Renée Adorée.—Miguel Strogoff o El Correo del Zar, por Ivan Mosjoukine, Nathalie Kovanko y Tina Miller.—La princesa que supo amar, por Hugues Dufos y Charles de Roche.—El coche número 13, versión moderna de la célebre novela de Xavier de Montepin. Creación de la genial artista Lily Damita.—Sin familia, por Leslie Shaw.—Mare Nostrum, por Alice Terry y Antonio Moreno.—Nantán, el hombre que se vendió, por Lucienne Legrand y Donatien. Cohra, por Rodolfo Valentino.—El fin de Montecarlo, por Francesca Bertini y Jean Angelo.—Vida bohemia, por Lillian Gish y John Gilbert.—Zazá, por Glorie Swanson.—¡Adiós, Juventud!, por Carmen Boni.—El judío errante, por Gabriel Gabrio.—La mujer desnuda, por Louise Lagrange, Ivan Petrovich, Nita Naldi, etc.—Casanova, por Ivan Mosjoukine.—Hotel Imperial, por Pola Negri.—La tía Ramona, por Luisa Fernanda Sala.—Don Juan, el burlador de Sevilla, por John Barrymore.—Noche Nupcial, por Lily Damita.—El Séptimo Cielo, por James Gaynor y Charles Farrell.—Beau Geste, por Ronald Colman.—Los Vencedores del Fuego, por Charles Ray y May Mac Avoy.—La Mariposa de Oro, por Lily Damita.—Ben-Hur, por Ramón Navarro.—El Demonio y la Carne, por Greta Garbo, John Gilbert y Lars Hanson.—La Castellana del Líbano, por Arlene Marchal e Ivan Petrovich.—La Tierra de todos, por Antonio Moreno y Greta Garbo.—Trípoli, por Esther Halston y Charles Farrell.—El Rey de Reyes, La ciudad castigada.—Sangre y Arena, por Rodolfo Valentino.—Agullas triunfantes, por Phyllis Haver y Rod La Rocque.—El Sargento Malacara, por Lon Chaney.—El Capitán Sorrell, por H. B. Warner.—El Jardín del Edén, por Corinne Griffith.—La Princesa mártir, por Lucienne Legrand.—Ramona, por Dolores del Río.—Dos Amantes, por Vilma Banky y Ronald Colman.—El Príncipe estudiante.—Ana Karenina.—El destino de la Carne.—La mujer divina.—Atas.—Cuatro hilos.—El carnaval de Venecia, El ángel de la calle, La última cita, El enemigo, Amantes, Moulin Rouge, La Bailarina de la Opera, Ben-Ali, Los Cuatro Diables, ¡Ríe, payaso, ríe!, Volga, Volga, La Sinfonía Patética, Un cierto muchacho, ¡Nostalgial..., La ruta de Singapore, La Actriz, Mister Wu, Renacer y El despertar.

que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, la cual será considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.



NO SE FIE
de imitadores

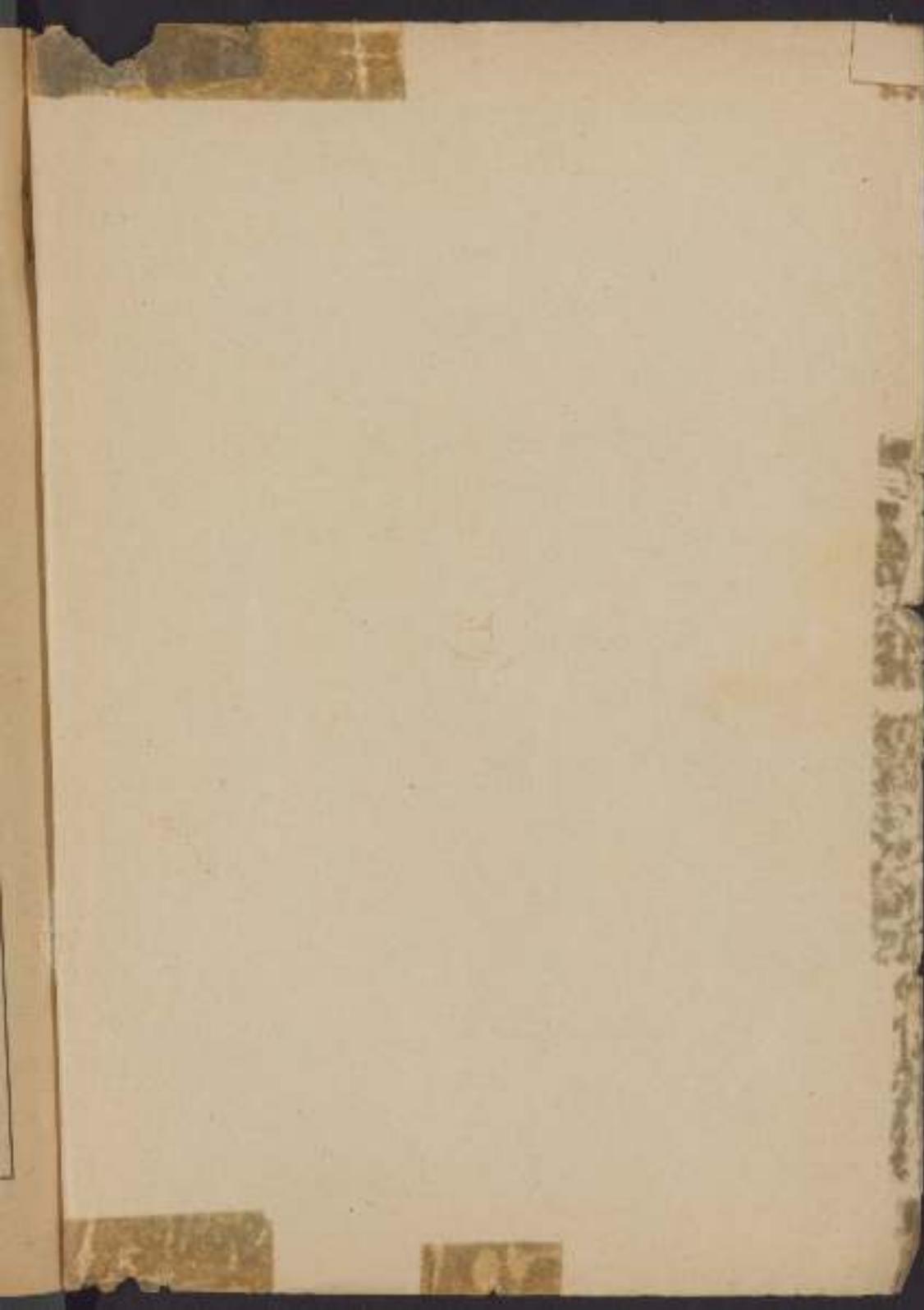
Las mejores novelas
de cine las publica

Ediciones Bistagne

bajo la dirección del
creador de la verdadera
novela cinematográfica

Francisco - Mario BISTAGNE





EB

Precio: 1'50 ptas.